

# Reencuentros:

En busca de la cohesión social de Arteaga

Carlos Aquino



# Reencuentros:

*En busca de la cohesión social de Arteaga*

Carlos Aquino

Reencuentros: En busca de la cohesión social de Arteaga

Autor: Carlos Aquino  
Ilustrador: Daniela Urdaneta  
Fotógrafo: Francisco Espinoza Cardoza  
Editor: Zakarías Zafra  
Diseño de cubierta: Ricardo Briseño

© Tercer Escalón Editores, S.A. de C.V.

1ª. Edición, julio de 2017

ISBN: 978-607-9035-36-5

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de esta publicación pueden reproducirse, registrarse o transmitirse, por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea electrónico, mecánico, fotoquímico, magnético o electroóptico, por fotocopia, grabación o cualquier otro, sin permiso previo escrito del editor.

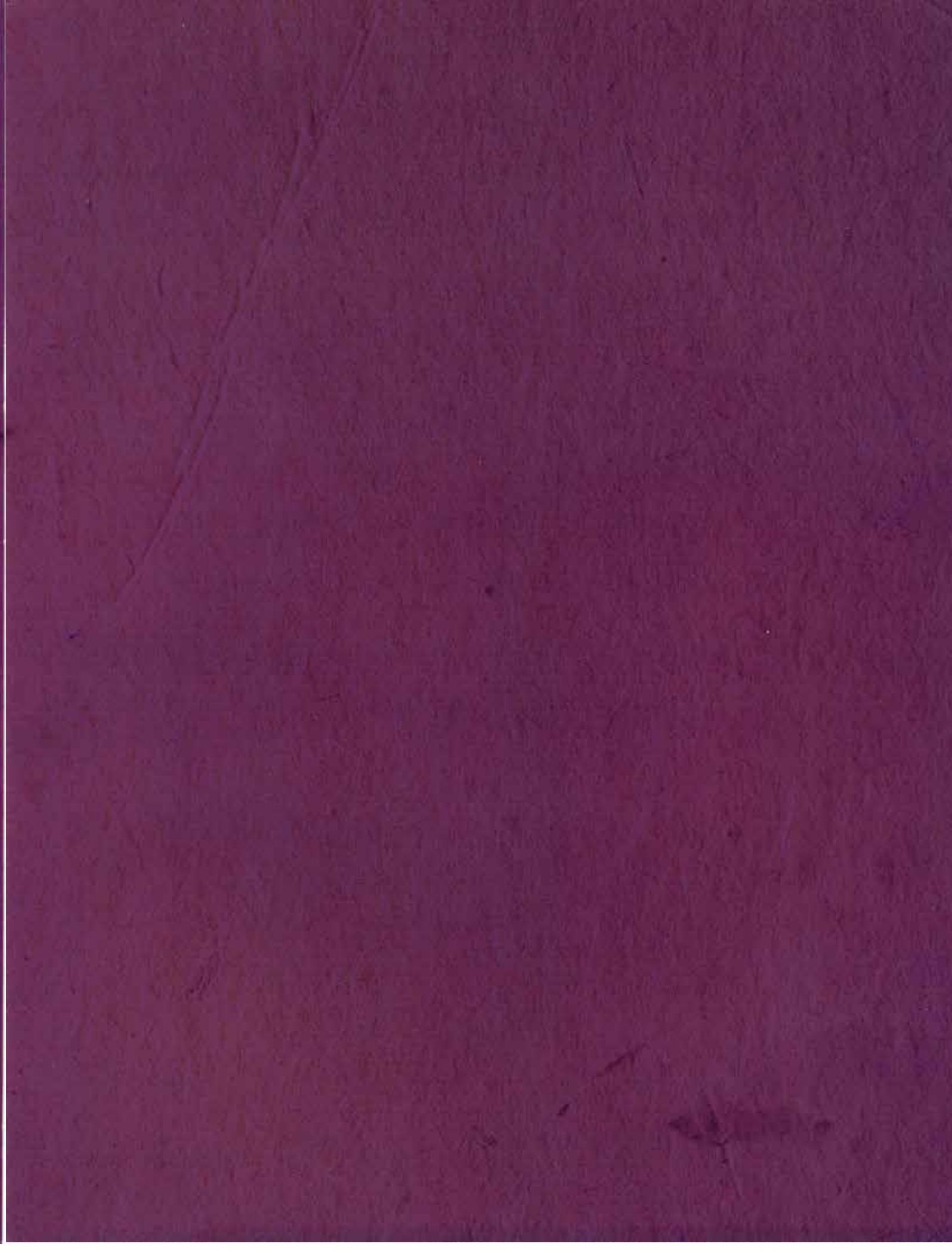
El préstamo, alquiler o cualquier otra forma de sesión de uso de este ejemplar requerirá también la autorización del editor o de sus representantes.

Impreso en México  
Printed in Mexico

# Reencuentros:

*En busca de la cohesión social de Arteaga*

Carlos Aquino



## Presentación

La vida está llena de duras pruebas que, en ocasiones, pueden hacer que las fuerzas desfallezcan. Aunque son precisamente esas adversidades las que hacen valorar lo maravilloso de formar parte de este mundo, el cual habitamos con todas sus imperfecciones, pero también con sus bellezas, momentos satisfactorios y experiencias inolvidables. Lo importante es perseverar y enfocar los sueños en un proyecto de vida que nos impulse a luchar por alcanzar el éxito.

Esos proyectos pueden marcar el destino de los jóvenes, llevándolos por el camino del bienestar, como una forma de superar aquellos obstáculos que parecen generar sombras sobre nosotros pero que, en realidad, nos hacen más fuertes para enfrentar los grandes retos. De hecho, en la adolescencia, que es un periodo de grandes cambios físicos y psicológicos para quienes serán los hombres y mujeres del futuro cercano, es necesario encausar esa efervescencia y hacer de los proyectos de vida, planes reales



que impulsen el crecimiento y el desarrollo integral de cada persona y, por consiguiente, estimulen el progreso de su comunidad.

Por ello, la Fundación Eduardo Salas Barajas pone a disposición de los jóvenes este libro, como una forma de reiterar nuestro compromiso con el trabajo honesto, la educación, la ética, el amor por la tierra natal y los sueños de superación, como herramientas de crecimiento espiritual para transformar las dificultades en oportunidades de progreso. De hecho, en las historias que aparecen en esta obra se muestran diferentes proyectos de vida que, a pesar de gestarse en medio de situaciones complejas, permiten a sus protagonistas abrirse paso, manteniendo vigentes sus sueños como motores para seguir hacia adelante, con determinación y optimismo.

Agradecemos al escritor, analista y consultor en políticas sociales, Federico Martínez Rivas, la generosidad de su orientación, misma que aportó profundidad al análisis sobre la compleja realidad arteaguense.

**Luz del Carmen López**

Presidenta de la Fundación Eduardo Salas Barajas, A.C.



**Andrés y Marina**  
*Jugando a los dados*



## Andrés y Marina

### 1. Jugando a los dados

Aquel viernes por la tarde el calor era abrasador. Los poderosos rayos del astro rey iluminaban con una fuerza implacable al pueblo de El Carrizal. La colorida ranita verde, esa simpática piedra pintada con la forma de este anfibio, ubicada en la entrada del poblado, parecía querer lanzarse a las aguas de alguna quebrada o, tal vez, a la corriente del río Toscano para paliar el castigo de las fuertes temperaturas.



Andrés, un adolescente de quince años, impetuoso y rebelde, se encontraba en su casa luego de un agotador día de escuela y sentía las gotas de sudor recorrer su rostro. El calor lo ponía intranquilo y ni siquiera el viejo ventilador, que funcionaba a su máxima potencia, lo refrescaba lo suficiente como para que pudiese disfrutar de sus series policiacas favoritas.

¡No lo soportaba! Así que apagó el televisor y decidió salir de su humilde vivienda para poder comunicarse con el grupo de amigos que lo acompañaba siempre. Sacó su celular y envió un mensaje a Ricardo y a Julio para encontrarse en la casa de este último. “Cuates, vamos a juntarnos en la casa de Julio, tengan unos pesos a la mano para jugar a los dados y platicar sobre algunas cosas”, decía el texto que acaba de enviar a sus entrañables amigos.



Los muchachos habían aprendido a jugar a los dados por Martín, un voluntarioso hombre de unos treinta años que trabajaba en el rancho de don Armando Figuera haciendo algunos trabajos “especiales” para el conocido terrateniente, quien era considerado por los carrizaleños como la única y verdadera ley del lugar.

Andrés era el líder indiscutible del grupo. Cuando él decía que iban a verse en algún lugar, así ocurría. Su actitud no era la de un tirano que imponía sus puntos de vista, más bien convencía por su fuerte personalidad y carisma. Además, se había ganado el respeto y la admiración de sus compañeros tras convertirse en el jefe de su familia luego



de la trágica muerte de su padre, Victorino, un hombre de rancho, aficionado a criar gallos de pelea. A causa de esa afición falleció en una riña que tuvo con otro gallero venido de fuera. A decir de la gente que estuvo en aquel palenque, el fuereño había hecho trampa con unas navajas que traían impregnada una sustancia venenosa. El diferendo se resolvió por la vía violenta y aun cuando Victorino tenía razones fundadas para no pagar la apuesta, fue él quien llevó la peor suerte, pues una bala que salió del revólver del fuereño le atravesó el corazón. Gallo y gallero quedaron tirados en medio del redondel. Esa fue su última pelea de gallos.

# CLUB DE GALLOS



Victorino era un hombre curtido por el campo, sus manos se habían endurecido como rocas debido a las fuertes tareas que realizaba en las tierras de don Armando Figuera. Sin embargo, a Andrés le pareció muy extraño que el día en que murió su padre no llevara con él una medallita de plata de la Virgen de la Candelaria que siempre tenía colgada de su cuello con una cadena de acero. Aquel ornamento religioso se había esfumado sin dejar rastro, aunque Victorino lo atesoraba mucho.

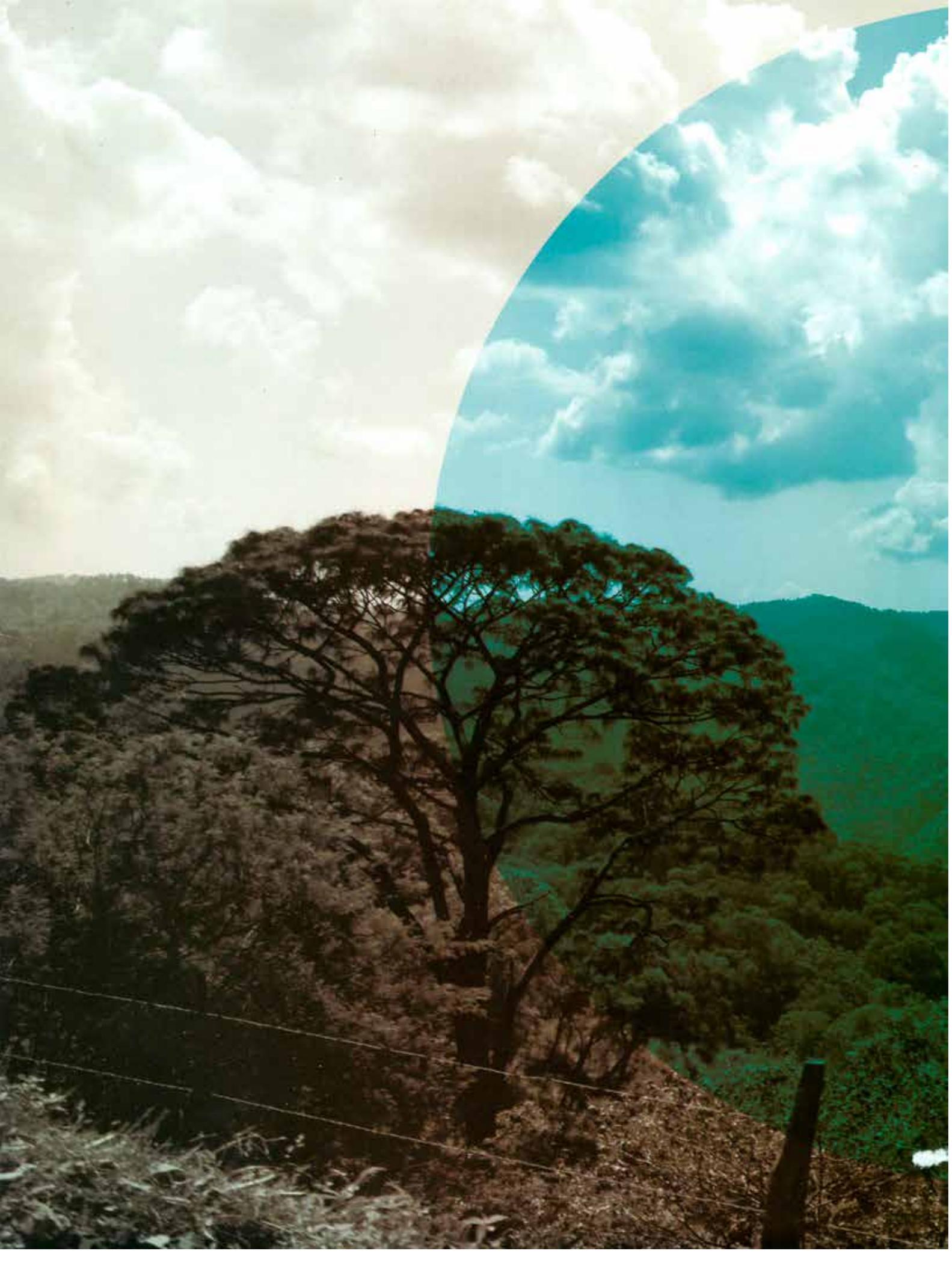
El lamentable suceso había ocurrido cuando Andrés tenía doce años. Desde entonces había tenido que compartir sus clases en la mañana con un trabajo que realizaba por las tardes, de lunes a jueves, en el restaurante de doña Eloísa. Allí había comenzado limpiando pisos, barriendo y lavando vajillas, pero ya estaba aprendiendo algunos secretos de cocina, por lo que se había planteado seriamente la idea de abrir su propio restaurante.



La muerte de Victorino había marcado a la familia de Andrés. Su madre, Carmen Elvira, que hasta entonces estudiaba en el Centro Regional de Educación Normal de El Carrizal para ser maestra, tuvo que dedicarse a hacer trabajos domésticos en la casa de don Armando apoyando a la hija menor del patrón, Marina, una brillante adolescente que soñaba con convertirse en veterinaria zootecnista para encargarse de la salud del ganado de su padre.

En los últimos tres años, Carmen Elvira había sufrido un deterioro notable en su salud por las demandantes jornadas que debía afrontar en la residencia de don Armando. No por Marina, quien era una joven muy amable y tranquila, sino por parte de Lucrecia Aldana, una especie de ama de llaves que comandaba a la servidumbre del lugar y que era especialmente dura cuando consideraba que algún empleado “no estaba haciendo el trabajo por el cual le pagaban”.





El fallecimiento de Victorino, además de haber incidido en el notable cansancio físico de Carmen Elvira, también había acelerado el natural proceso de madurez de Andrés, quien había visto desvanecer su infancia asumiendo el rol de “hombre de la casa” antes de lo esperado. Sin embargo, el joven soñaba que cuando su restaurante abriera, todas las dificultades para él, su madre y su hermano menor, Tobías, serían cosas del pasado.

Su férrea voluntad para afrontar estas situaciones adversas le habían ganado el respeto de sus amigos, Ricardo y Julio, quienes veían en Andrés un ejemplo a seguir por su determinación de continuar sus estudios y, al mismo tiempo, ayudar económicamente a su familia. Desde luego, a veces Andrés tenía ideas audaces, incluso arriesgadas, como cuando



desafió a José Hidalgo, un hombre joven que formaba parte del círculo de seguridad de don Armando.

Esa vez Andrés se molestó y perdió los estribos porque el sarcástico José se burló de su padre, diciendo que murió “a lo puro tonto”.

Si Victorino hubiese tenido más cuidado en ver dónde pisaba no se habría tropezado con aquel hombre tan violento. José continuó burlándose de su padre: era igual en el trabajo, no distinguía un toro de una vaca, fue la hiriente frase proferida por José que caldeó los ánimos del adolescente.

Aquel comentario hizo que Andrés estallara en coraje y se lanzara contra el corpulento José, quien de inmediato metió su mano dentro de la chamarra de piel negra para sacar el revólver calibre .38 que guardaba todo el tiempo en su funda



sobaquera. Todos en el pueblo sabían que meterse con los hombres de don Armando era una pésima idea, sobre todo si lo hacían en público, desafiando la autoridad que imponían con su presencia y sus armas.

Afortunadamente, Martín estaba presente aquel día y controló la situación.

—¡José, tranquilo! No es el momento para estas cosas. Sabes que al patrón no le gustan estos espectáculos y tú, Andrés, no abuses de nuestra paciencia. ¡Vete a estudiar!

Martín era temido por los lugareños. Cuando levantaba la voz imponía su autoridad. Así que bastó que alzara un poco el tono para calmar un incidente que pudo haber desembocado en otra tragedia.





Desde luego, José no pudo disimular su cara de rabia, y Andrés no ocultaba las ganas de golpear a quien había ofendido la memoria de su querido papá; pero las cosas se tranquilizaron... Al menos, por el momento.

A pesar de su reconocida ferocidad, Martín le tenía cariño a Andrés. Tal vez porque conoció a Victorino cuando este trabajaba en el rancho de don Armando y en algunas ocasiones compartieron unos tragos de mezcal en medio de amigables pláticas.

Así era Andrés, un muchacho responsable para algunas cosas e impulsivo para otras. Pero de lo que sí era seguro es que se trataba de un joven confiable que siempre estaba



allí cuando alguno de sus amigos lo necesitara. Como aquel día, en el que además de querer jugar a los dados bajo la sombra de un árbol para distraerse del calor también quería compartir una decisión que había tomado.

Ricardo ya se encontraba en la casa de Julio, donde habían quedado de verse con Andrés. Ambos conversaban sobre los ejercicios que había enviado la profesora de matemáticas, los cuales estaban muy difíciles, aunque Julio tenía facilidad con los números y, por lo general, estas tareas no eran un problema para él, a diferencia de Ricardo, cuyo talento estaba más enfocado hacia el arte y siempre se quejaba “de lo complicadas que eran las matemáticas”.



En ese preciso momento Julio recibió otro mensaje de Andrés en su celular: “Estoy cerca, espérenme en el árbol que está frente a tu casa, espero que tengan lana porque vamos a jugar”.

—Ricardo, vamos a salir, que Andrés ya está por llegar.

—Vamos, pues.

Los dos amigos se dirigieron hasta el árbol y, estando allí, divisaron la silueta de Andrés, quien se aproximaba hasta el lugar señalado secándose el sudor de la frente y con los ojos casi cerrados por el fuerte sol que parecía no querer disminuir la intensidad de sus poderosos rayos.





—Hola, amigos, ¿están listos para una buena partida de dados? —saludó Andrés a sus dos compañeros mientras sostenía entre los dedos de su mano derecha el par de dados rojos con puntos negros que le había regalado Martín.

—No tenemos mucha lana pero tú sabes que somos cuates. Apenas nos llamaste, imaginamos que no se trataba solamente de jugar a los dados —respondió Julio a la vez que golpeaba su puño derecho con Andrés, como acostumbran hacer los jóvenes para saludarse hoy en día.

—Tranquilos, solamente vamos a hacer unos lanzamientos para pasar el rato. Nosotros somos como hermanos así que nuestras apuestas son simbólicas.



Como era costumbre de los tres amigos, los lanzamientos comenzarían por orden de estatura. El primero sería Julio, un chaparrito que aparentaba menos edad de los catorce que realmente tenía; luego el turno era de Ricardo, un poco más alto que Julio, pero con un rostro bastante aniñado para sus quince años y, finalmente, tocaba a Andrés, quien al contrario que sus dos entrañables compañeros parecía rondar entre los dieciocho años, por su estatura y corpulencia. Tal vez su experiencia de vida tras el “incidente” de su padre también había hecho que su mirada, sus gestos y su comportamiento fuesen los de un adulto y no los de un quinceañero.

Mientras jugaban bajo la sombra del árbol pasaron por el lugar dos enormes camionetas que rugían como dragones al circular por los maltratados caminos de tierra. Los tres jóvenes sabían perfectamente a quién pertenecían aquellos vehículos. Eran hombres de don Armando que iban a inspeccionar las obras de una iglesia que el rancharo había mandado edificar a solicitud de los pobladores, quienes son muy católicos y devotos de la Virgen de la Candelaria, como lo era el padre de Andrés, don Victorino. La construcción del templo avanzaba rápidamente, pero don Armando siempre decía que “si el amo no vigila su ganado, pues las reses no engordan”, así que constantemente se podía ver a sus hombres pendientes del buen ritmo de la obra.

—¿Vieron esas camionetas? —dijo Andrés al lanzar un siete con sus dados—, pues tal vez dentro de poco yo esté manejando una de esas. Lo que quería decirles es que hablé con Martín para trabajar con ellos, sirviendo a don Armando. Mañana me espera en el rancho.

Los otros dos adolescentes se vieron las caras con expresiones de asombro y duda. En El Carrizal no hay muchas oportunidades de empleo o de crecimiento profesional. Solo hay algunos pequeños locales y comercios que mueven un poco la economía local, pero para muchos jóvenes del pueblo la mejor opción para generar ingresos es trabajando con alguno de los hombres ricos de la región como don Armando. Aunque Andrés labora cuatro días por semana en el restaurante de doña Eloísa, él considera que le iría mejor si se pone a las órdenes de aquel poderoso ranchero.



Julio y Ricardo no parecían pensar lo mismo. ¿Ingresar al grupo de protección personal de don Armando sería una buena idea? Sería bueno recordar a Marcial Méndez, un conocido de ellos que trabajaba para el poderoso hacendado y que fue víctima de un “levantón” cuando unos enemigos de don Armando le quisieron mandar un mensaje de que no se metiera con ellos. Aquel incidente había truncado los planes de Marcial de ingresar a la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, la Nicolaíta, como se le conoce popularmente, para estudiar Ingeniería Agronómica. Aquel hecho estaba fresco en la memoria de los muchachos y realmente no querían que algo parecido o peor le pasara a su amigo, quien tenía hermosos sueños por cumplir.

—¿Y qué pasó con el restaurante que quieres abrir?—preguntó Ricardo a Andrés, aunque la misma interrogante rondaba en la mente de Julio.

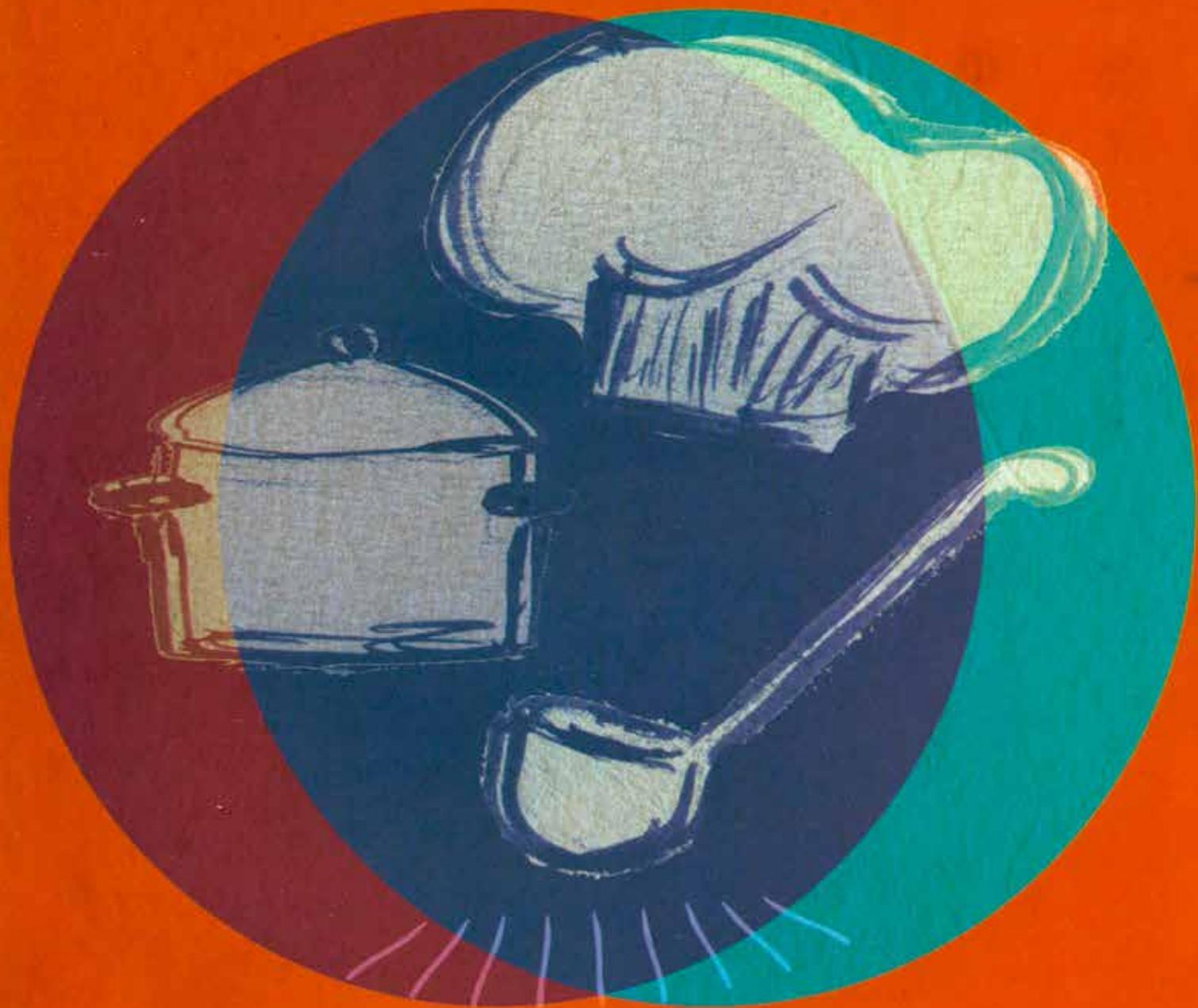


Universidad  
Michoacana  
de San Nicolás  
de Hidalgo



Arteaga,  
Michoacán

Nodo Educación  
a Distancia



—Precisamente, para poder hacer eso necesito lana y me parece que trabajando con doña Eloísa no podré ahorrar lo suficiente.

De hecho, desde que Andrés labora en el restaurante de doña Eloísa y sobre todo ahora que ha aprendido a preparar algunos platillos se ha visualizado con su propio expendio de alimentos. Ya conoce algunos aspectos técnicos de la cocina, como tipos de cortes de carnes, especias indicadas para la sazón de cada platillo, diferentes tipos de masas dulces y saladas para panes y tortas, combinaciones ideales de los vegetales y tiempos de cocción necesarios según el alimento, entre otros. Andrés sueña con tener un restaurante donde los comensales disfruten de un menú integrado por deliciosos manjares típicos, como aporreadillo, chilaquiles, barbacoa, morisqueta, corundas y enchiladas.









—Me dijo que fuera al rancho de don Armando mañana sábado. Creo que ya me tiene trabajo.

Era perfectamente comprensible que Ricardo y Julio tuvieran dudas sobre la decisión de Andrés —de hecho él también las tenía—, pero la situación en El Carrizal no es sencilla y unirse al círculo de poder de don Armando constituía para muchos jóvenes una “salida” a las privaciones. Nadie podía negar que estos adolescentes, como buenos carrizaleños, amaban su tierra y soñaban con mejorar su calidad de vida y la de sus seres queridos. Ellos, a pesar de haber madurado más rápido de lo normal por las experiencias que les ha tocado vivir, se encontraban inmersos en los cambios físicos y psicológicos propios de la adolescencia, llevando consigo la rebeldía inherente a su edad, la cual de no ser canalizada positivamente hacia un espíritu creador e innovador podría desembocar en situaciones adversas.

---

Una nube de polvo empezó a levantarse a la distancia. Eran las camionetas negras que retornaban; por lo rápido del “paseo”, parecía que todo marchaba con normalidad en la construcción de la iglesia que se levantaba a pocos kilómetros de donde ellos estaban. El vehículo que iba adelante se detuvo frente a los tres jóvenes y el chofer bajó su ventanilla.

El conductor era José Hidalgo, quien había tenido el desagradable altercado con Andrés hacía poco. El hombre se quitó los anteojos oscuros tipo aviador y dirigiéndose a los muchachos les dijo cínicamente:

—¿No saben que las apuestas están prohibidas a menos que las organicemos nosotros?

Andrés se contuvo. Sabía que no estaba Martín, así que no hubiese sido muy racional encarar a este hombre.

—Lo sentimos, solo nos estábamos divirtiendo pero ya íbamos a guardar los dados —se defendió Andrés visiblemente



nervioso aunque lo suficiente lúcido para mantener la serenidad.

—Tranquilos, chicos. Estaba bromeando. Además aquí hay alguien que quiere saludarlos.

La ventanilla trasera del lado del conductor también se bajó. Los muchachos quedaron petrificados como si hubiesen visto a algún ser sobrenatural. Era el mismísimo don Armando quien llamó a los muchachos de manera amigable agitando su mano izquierda y dejando ver un vistoso anillo de oro con las letras “AF”, que lucía en el dedo medio, no en el anular como mandaría la etiqueta.

—¡Vengan acá, chamacos! No hagan esperar a este viejo ranchero.

Los tres muchachos se acercaron y saludaron al popular hombre que llevaba, como era su costumbre, un sombrero negro tipo vaquero y unos gruesos anteojos para la miopía.



—Apenas los vi allí jugando a los dados bajo la sombra de ese árbol recordé mi adolescencia. Yo también vivía en una casa muy humilde, en una ranchería con calles de tierra y sé lo difícil que están las cosas por aquí. ¿Cómo se llaman, muchachos?

Julio y Ricardo apenas se atrevían a ver a los ojos a don Armando y, tímidamente, dijeron sus nombres. Por su parte, Andrés, con su porte altivo, dio su nombre a viva voz, mirando fijamente los ojos castaños de don Armando que lucían diminutos bajo los gruesos cristales de sus gafas.

Pero alguien desvió la atención de Andrés. Se trataba de Marina, quien estaba sentada al lado derecho de su padre, abstraída de todo lo que ocurría a su alrededor, escuchando música pop con su dispositivo electrónico. La chica movía levemente su cabeza al ritmo de las canciones, su hermoso cabello negro ondeaba de manera suave, produciendo





destellos que hipnotizaban a Andrés, quien no podía quitar los ojos de ella.

Don Armando sacó un fajo de billetes y, como acostumbraba hacer cada vez que pretendía ganarse la buena voluntad de alguien, dio unos cuantos pesos a cada uno de los muchachos.

—Tomen este regalito. Espero que les sirva para ayudar a sus familias. Por cierto, jovencito —dijo don Armando a Andrés, que continuaba viendo a Marina a través de la ventanilla de la camioneta—, me pareces conocido.

—Soy el hijo de Victorino Elías Campos y de Carmen Elvira Martínez de Campos.

—¡El hijo de Victorino!, pero claro. Eres igualito a tu padre. Por cierto, ha sido un honor darle trabajo a tu madre luego que murió tu papá. Cuando quieras pasa por el rancho y vemos qué podemos hacer por ti.



Marina, quien había bajado el volumen a su música para enterarse de lo que estaba pasando, volteó hacia su izquierda cuando escuchó el nombre de Carmen Elvira. Entonces vio claramente a Andrés quien, a su vez, la observaba con fijeza a los ojos. No se veían desde el funeral de Victorino, cuando don Armando asistió, con una considerable comitiva, a darle su sentido pésame a la viuda.

Marina era la niña consentida de don Armando. Su padre siempre quiso que tuviera una educación de “primer mundo”. Por eso la había enviado a estudiar high school en Los Ángeles, California, en Estados Unidos, para que aprendiera inglés y recibiera la formación que merecía por ser una Figuera. Sin embargo, don Armando consideró que era bueno que sus últimos años de escuela los recibiera en



El Carrizal, para que aprendiera a amar la tierra que la vio nacer y donde se encontraban algunas de las propiedades que ella debería administrar como heredera de los vastos bienes del hacendado.

Marina tenía la idea de convertirse en veterinaria zootecnista para atender los numerosos animales que poseía su padre y que iban desde caballos hasta reses, pasando por cerdos, chivos y perros. Su amor por los animales le venía desde niña, cuando caminaba por la plaza central del pueblo y encontró un pajarito negro y amarillo con un ala lastimada. Marina, entonces pequeña, no dudó en tomar el ave herida entre sus manos y llevarla rápidamente hasta su rancho para brindarle las atenciones necesarias hasta que estuviese totalmente restablecida.







Después ayudaría a un gato, a varios perros, luego a una de las ardillas que correteaban libremente por los árboles del pueblo. Cuando estaba más pequeña, sus conocidos no dudaban en llevarle cualquier mascota que necesitara socorro. En aquellos días los pobladores se acercaban al rancho de su padre llevándole animales lesionados, que enseguida de pasar la rigurosa seguridad del lugar se escuchaban solicitudes como: “Marina, te traigo a mi loro Pascual, que se golpeó una pata”; “Marina, mi gallo Felipe quedó aporreado después de una pelea”; “Marina... ¿le podrías echar un ojo a mi conejo Rogelio?, es que mi hermano le pisó una oreja”. Ante estos requerimientos, la adolescente no dudaba en revisar a los animales, eso sí, cuando alguno de sus “pacientes” tenía una lesión más seria, no vacilaba en enviarlo con el doctor Lorenzo, el veterinario del pueblo y por quien Marina sentía una gran admiración que se mantiene hasta el día de hoy.





Actualmente, tras el retorno de Marina a El Carrizal, el doctor Lorenzo, para estimular a la joven en su deseo de convertirse en veterinaria, la ha invitado a algunas de las jornadas de salud que organizan las autoridades sanitarias para los animales —muchas de las cuales son financiadas por el padre de la muchacha—. Marina, acompañada siempre por una tropa de guardaespaldas, ha tenido la oportunidad de ver muy de cerca cómo el doctor Lorenzo, junto con otros veterinarios zootecnistas, vacunan a las mascotas de los carrizaleños contra enfermedades muy graves, las cuales, como en el caso de la rabia, pueden llegar a afectar la salud de los seres humanos. En estos operativos también son esterilizados animales domésticos y algunos callejeros, que aun cuando no tienen dueño se han ganado el cariño de los habitantes del pueblo.

—¡No se imagina lo feliz que me siento ayudándolo en estos operativos, doctor Lorenzo! Esta es una experiencia muy bonita que confirma mi deseo de convertirme en veterinaria zootecnista. Realmente no sé cómo pagarle por apoyarme tanto —agradeció Marina en una de estas jornadas mientras sostenía a Café, un chihuahua de color marrón que estaba listo para ser vacunado por el doctor Lorenzo.

—No tienes nada que agradecer, más bien tu colaboración es muy apreciada por nosotros, pues nos ayudas a organizar los instrumentos, a registrar a los dueños de los animales y hasta a cargar algunas mascotas nerviosas, como este inquieto pero cariñoso chihuahua —fue la respuesta del doctor mientras inyectaba a Café, el cual recibía su dosis de antirrábica muy calmado a pesar del pinchazo—. Además, los animales te adoran y tú te llevas de maravilla con ellos.



A Marina le encantaba buscar en Internet información sobre esta carrera, por lo que ya había descargado de la red algunos textos y documentos con datos de sumo interés. Además, a veces le pedía al doctor Lorenzo que le prestara alguno de sus libros de anatomía canina, enfermedades del ganado vacuno o tratamientos para animales domésticos, que leía con avidez, y cuando no entendía algún tema anotaba sus dudas para consultarlas con su querido amigo veterinario.

—Estos son textos para alumnos de educación superior, mi querida Marina, por eso estoy seguro de que cuando llegues a la universidad tendrás una considerable ventaja sobre el resto de tus compañeros, ya que tus lecturas avanzadas te han aportado información valiosa para la carrera —comentaba el doctor Lorenzo a su entusiasta seguidora.







—Bueno, doctor, yo aspiro a ser tan buena veterinaria como usted y ganarme el cariño de las personas y sus mascotas. Para lograr eso debo estudiar desde ahora, ¿no le parece?

—Serás mejor que yo, Marina, de eso se trata. Ustedes los jóvenes deben superarnos, ya que de esa manera el pueblo prosperará. Estoy orgulloso de ti y confío plenamente en que alcanzarás todas tus metas, si no lo crees, pregúntale a Samurái —acotó el veterinario dirigiendo una mirada a su travieso perro.

Se trataba de un alegre can de color negro, con una mancha blanca en el pecho, muy parecido a un labrador, pero algo más pequeño y menos robusto que los ejemplares de la popular raza canadiense. El simpático perro respondió con varios ladridos, el constante batir de su cola y un montón de saltos de alegría. Marina quería mucho a Samurái, ya que ella lo había encontrado cuando era apenas un cachorrito



callejero que deambulaba por la plaza principal de El Carrizal. De inmediato pensó en llevarlo con el doctor Lorenzo, pues en su rancho había varios perros guardianes y, además, ya su padre había decidido enviarla a Estados Unidos, por lo que no iba a poder dedicarle el tiempo necesario al animalito. Fue una gran idea porque desde entonces el doctor Lorenzo y su fiel Samurái son inseparables.

Aquella jovencita que amaba a los animales y era el mayor tesoro del hombre más poderoso del pueblo había tenido un encuentro casual —aunque fuese solo de vista— con el impetuoso Andrés. Tal vez ese fugaz encuentro fuera el comienzo de una arriesgada amistad entre ambos.

El diablo en  
El Carrizal

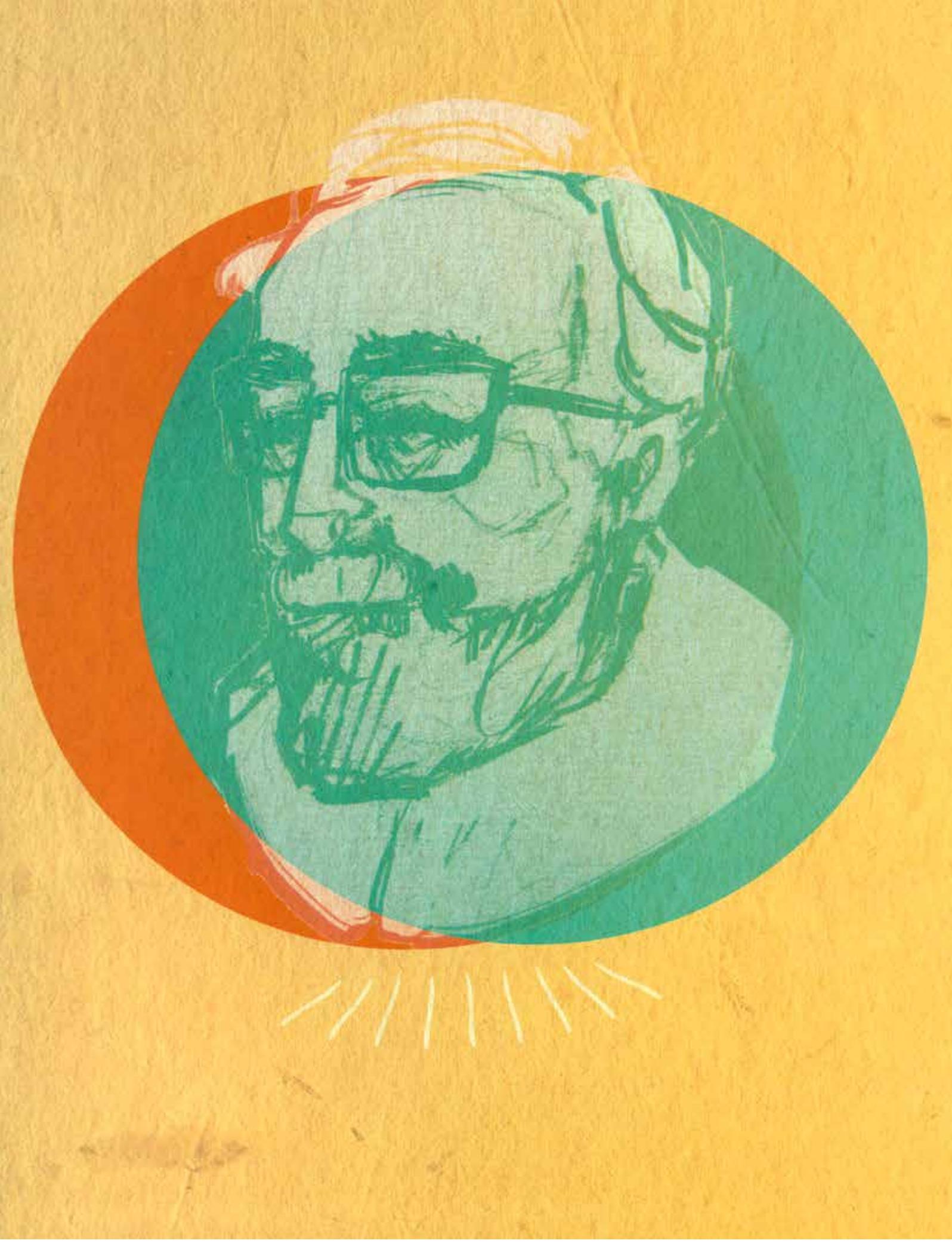


## 2. El Diablo en el Carrizal

Los vehículos rústicos partieron levantando una humareda de polvo. Ricardo y Julio no podían creer que habían visto al mismísimo don Armando Figuera y no solo eso, sino que este les había dado a cada uno un fajo de billetes que serviría para colaborar con los gastos de sus casas. Los muchachos comentaban sobre lo que harían con el dinero.

Julio pensaba comprar un poco de carne para la semana y, tal vez, una botella del mezcal que gustaba tomar su abuelo, don Emilio, un anciano cascarrabias, que a diferencia de otros hombres mayores en el pueblo, de vez en cuando les daba buenos consejos a los muchachos para que estos continuaran sus estudios y no abandonaran la escuela como





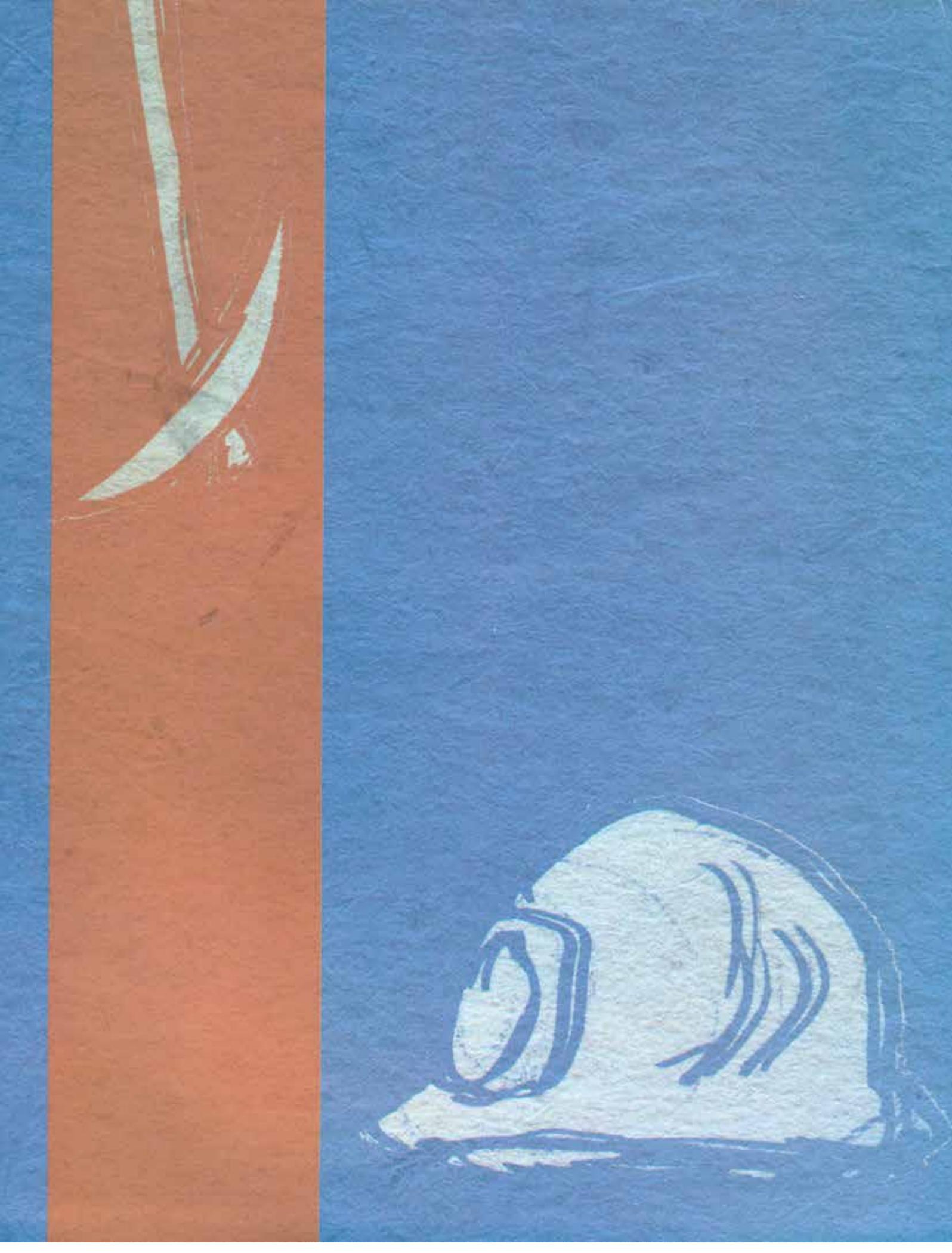
él había hecho, debido a la pobreza que azotaba a El Carrizal durante su infancia.

El anciano les narraba, mientras tomaba su mezcal, algunos cuentos de décadas pasadas que servían para explicar un poco la conducta de los carrizaleños actuales. Les contaba sobre la guerra de los Cristeros, que tuvo en Michoacán escenarios de combates realmente fuertes, de hombres armados que peleaban a caballo y resolvían sus diferencias “a machete o a tiros”. Una filosofía que en algunos lugares todavía persiste como herencia de aquella feroz etapa de la historia mexicana. Don Emilio también comentaba, con su botella de mezcal en la mano, sobre el potencial minero de El Carrizal, destacando la enorme riqueza que yacía en las entrañas de la tierra, sobre todo de hierro, mineral requerido para la producción de acero, el cual se utiliza en diferentes sectores como el de la construcción, además de emplearse para elaborar maquinaria e infinidad de herramientas.





Don Emilio también hablaba de unas vetas de oro, metal noble de mucho valor para la joyería y la orfebrería y que se encuentra en las minas del municipio. Inclusive se cuenta que entre los siglos XVIII y XIX se establecieron grupos de estadounidenses, franceses y alemanes en El Carrizal para explotar el oro, el cual en algunos casos se sacaba directamente de los riachuelos del lugar. Tal vez debido a estas historias de minería que contaba su abuelo, Julio tenía la ilusión de convertirse en ingeniero para trabajar en la extracción de los valiosos recursos minerales de El Carrizal y contribuir en el progreso de su tierra natal.









Por su parte, Ricardo pensaba comprar algunas pinturas y lienzos, pues el arte para él era una forma de vida. Disfrutaba pintando paisajes naturales de El Carrizal, como del río Toscano, donde acostumbraban ir los tres amigos para bañarse y pasar un rato de sano esparcimiento. A Ricardo le encantaba lanzarse a sus aguas desde la rama de un árbol, haciendo un audaz clavado cuidando no golpearse la cabeza con alguna roca.

En una ocasión, durante un paseo al Toscano, al arribar a las riberas del río se encontraron con la hermosa naturaleza de El Carrizal en todo su esplendor. Los rayos solares atravesaban las ramas de los árboles, cuyas hojas estaban



cubiertas por pequeñas gotas de agua, lo que producía un fascinante efecto multicolor. En esa oportunidad, los tres quedaron maravillados por la celestial visión, principalmente Ricardo, quien a pesar del calor y las ganas de bañarse abrió su mochila para sacar rápidamente sus pinceles, sus pinturas y el lienzo, a fin de plasmar con sus propias manos semejante regalo de la madre naturaleza.

Esa vez, Ricardo pintó un bello paisaje, empleando sus acuarelas para reflejar la verde vegetación, el cielo azul cual brillante zafiro y el luminoso efecto prismático. Todo ello, mientras sus amigos no paraban de hacer juegos en el agua.







El talento artístico de Ricardo le venía de familia. Su madre, Victoria, era una reconocida bailarina de sones y zapateados, cuyo talento se hacía sentir tanto en las fiestas populares como en las clases que dictaba de estos ritmos tradicionales a niños, jóvenes y adultos, manteniendo vivo el folclore regional. Victoria era una cultora del “baile de golpe”, género muy popular en El Carrizal que retumba, con todo su sabor, al ritmo del arpa, el violín, la guitarra de golpe (de cinco cuerdas) y una guitarrilla llamada vihuela. En los bailes y ferias del pueblo estos instrumentos ponen a danzar alegremente a los carrizaleños sobre una tabla o una tarima alargada.

El padre de Ricardo, don Ángel, era muy popular por las bellas piezas de madera que elaboraba en su taller, que iban desde muebles de todo tipo hasta las más variadas esculturas.





De hecho, muchos hogares en El Carrizal están engalanados con sus figuras, incluyendo las imágenes religiosas de Jesús de Nazaret, la Virgen María, San José y San Judas Tadeo, talladas con esmero y un sublime talento por don Ángel.

La madera que utilizaba el padre de Ricardo para hacer sus piezas la adquiría del aserradero de don Marcial, quien había sabido aprovechar la riqueza forestal de El Carrizal de manera racional, sin sobreexplotar los bosques e incentivando la siembra de árboles, a fin de contar siempre con este recurso renovable. Uno de los problemas de El Carrizal es la tala indiscriminada de árboles y el empleo de métodos hostiles al medio ambiente. Por eso don Ángel prefería pagar un poco más por la madera que compraba a don Marcial, en lugar de adquirir la materia prima barata a personas que ocasionaban graves daños al ecosistema de la zona.

Andrés estaba contento con su dinero, pero no podía sacar de su mente la imagen de Marina. La hija del acaudalado

---



ranchero lo había impactado. Ahora tenía otro motivo para ir a la hacienda de don Armando. Tal vez podría hacerse amigo de aquella linda joven, así que prefirió usar el dinero para comprarse una playera o un pantalón más decentes.

—¿Vieron a la muchacha sentada al lado de don Armando? Creo que era Marina, su hija. Si es ella, ha cambiado mucho... ¿La vieron? ¿Notaron lo hermosa que es? —interrogó Andrés a sus amigos, quienes lo veían incrédulos.

—Yo no la vi. Pero lo mejor es que no te fijes en esa chica. Está muy por encima de tu alcance. Y es mejor no meterse con don Armando, podrías molestar al Diablo y eso no es conveniente.

—Tal vez, pero sabes que el Diablo no es invencible, ya en El Carrizal ha sido derrotado, como en aquel combate que tuvo con Rómulo. Ustedes conocen la historia —respondió Andrés dándose ánimos.

---

Andrés hacía referencia a la conocida leyenda de la pelea entre Rómulo y el Diablo. Se trataba de un mito muy arraigado entre los habitantes del pueblo. Según la historia, hace muchos años vivía en lo que hoy es El Carrizal un rico ganadero que cada vez que arreaba sus incontables reses solicitaba ayuda a la gente del lugar. Este, una vez culminada la extenuante labor y en agradecimiento al apoyo que le habían dado organizaba unas largas y alegres fiestas.

Cuenta la leyenda que en uno de estos festejos se acabó el aguardiente y el ranchero mandó a comprar más licor al pueblo de Tumbiscatío, ubicado a unas cuantas horas a caballo. Las personas esperaban con ansias la llegada de las bebidas espirituosas cuando ya bien entrada la noche escucharon un grito muy fuerte. Tras oír aquello, todos corrieron hacia donde se originó el penetrante chillido, pensando que se trataba del mandadero con el aguardiente.





Cuentan que el primero en llegar al sitio fue el valiente Rómulo, posteriormente lo alcanzaron los demás. Allí se encontró con un sujeto de aspecto escalofriante montado sobre una mula negra. Los dos hombres empezaron una terrible pelea a machetazos, ante las miradas de asombro de los presentes. En medio de la refriega el individuo de la mula negra se apartó por un momento y, dirigiéndose a Rómulo, le dijo: ¿tienes idea de quién soy yo? ¿Sabes a quién te enfrentaste? Al Diablo. El hombre montó su animal de carga, lanzó un alarido que heló la sangre y se perdió en las montañas para no aparecer nunca más.

—Eso es solamente un cuento, Andrés. No deberías buscarte problemas. Si quieres ve al rancho de don Armando, pero por trabajo. Él es un hombre rico y poderoso y no creo





que apruebe que alguien como tú esté echándole ojos a su hija —acotó Ricardo al mismo tiempo que contaba nuevamente los billetes que le había dado el rancharo.

—Mírame a mí. Mi novia es Rosita, una chica como nosotros que sí está a nuestro nivel —comentó Julio tratando de hacer entrar en razón a su amigo.

—Bueno, el papá de Rosita no está muy contento con su noviazgo y su mamá se la pasa diciendo que no está dispuesta a tolerar que a su hija le vaya a pasar lo mismo que a la joven Lucía, así que también debes andar con cuidado —fue la réplica que hizo Andrés a la observación de Julio.

Andrés hacía mención a la historia de Lucía, la cual es muy conocida en el pueblo, aunque no es un caso aislado, pues se trata de una realidad que afecta a muchas adolescentes del lugar: el embarazo precoz. Lucía era una chica muy bonita y con muchas ilusiones que soñaba con un príncipe azul que



la colmara de regalos y la sacara de El Carrizal, llevándola a recorrer el mundo. Agustín, hijo de un comerciante del pueblo, se sintió atraído por la belleza juvenil de Lucía y valiéndose de su experiencia y de los presentes que le dio acabó enamorándola.

Pero el romance terminó cuando la adolescente, con dieciséis años, quedó embarazada. Agustín se fue, dicen que a la Ciudad de México, dejando a Lucía completamente sola para hacer frente a un torbellino familiar. Peleó con su madre y su padre, dejó los estudios y tuvo que hacerse cargo de su bebé, sin estar preparada para ello. Afortunadamente una tía la recibió en su casa, en Morelia, donde nació Alfredo, su hijo, que ya tiene cinco años. Lucía ha pensado en retomar sus estudios pero por el momento trabaja como mesera en un restaurante, en la capital de Michoacán.





Los tres jóvenes se despidieron. Al otro día, Andrés iría al rancho de don Armando como había quedado con Martín. Su madre iría con él pues aunque era sábado tenía trabajo, ya que don Armando daría una fiesta en su rancho y necesitaba el apoyo de toda su servidumbre. Sería un agasajo muy grande en el cual participarían incluso reconocidos grupos de música norteña y de banda.

El gran día llegó. El joven y su madre abordaron el camión que los conduciría a la enorme propiedad. Muchos dicen que la hacienda había aumentado de extensión “misteriosamente”. Los más arriesgados hacen chistes sobre la cerca ambulante de don Armando que siempre se mueve abarcando cada vez más terreno. Otros comentan que muchos ganaderos vecinos al rancho de don Armando han decidido vender, aceptando las “beneficiosas ofertas” que les hace el hombre fuerte de El Carrizal.





La entrada del rancho era muy bonita. Sin lugar a dudas era la puerta hacia una fortaleza. Un enorme arco sostenía un cartel con el nombre de la propiedad: Rancho General Arteaga. En uno de los portones había una placa que explicaba el nombre: “En honor al general José María Arteaga, valiente militar que combatió, con fervor nacionalista, la ocupación francesa de Maximiliano. Un gran hombre que siempre peleó con disciplina y valor, dando su vida por la libertad de nuestra nación. Capturado por las tropas imperiales, fue fusilado por orden del coronel Ramón Méndez, el 21 de octubre de 1865, junto con otros oficiales patriotas”. Andrés se sorprendió con aquella breve clase de historia patria en el portón.

Al lado izquierdo de la vía había una garita donde se encontraba un vigilante armado. Andrés lo conocía de vista y aunque no sabía su nombre estaba seguro de que había estudiado en su escuela, solamente que algunos años más avanzado. Ahora era uno de los hombres de don Armando y portaba un fúsil, que por su forma parecía un “cuerno de chivo”, como se conoce popularmente al AK-47 ruso. El guardia saludó amistosamente a Carmen Elvira.

—¿Cómo anda, Carmencita? Imagino que este es su hijo, Andrés. Martín nos dijo que vendrían. Hoy hará falta ayuda, porque se esperan muchas personas para la fiesta. Pasen que ya merito los recoge un jeep para llevarlos hasta la casa —les indicó el joven centinela, quien llamó por un teléfono interno, solicitando el transporte para las dos personas.



De inmediato arribó un vehículo rústico. No era realmente un jeep, sino una camioneta pick up, la cual abordaron en su parte trasera. Al llegar a la puerta de la casa los estaban esperando a cada uno una persona distinta. Martín aguardaba al joven y la malencarada Lucrecia recibió a la mujer.

—Carmen, pasa a la habitación de la niña Marina. Ella te espera para que la ayudes a arreglarse, luego nos puedes apoyar en la cocina. Hoy no es día para descansar —fue el saludo que dio Lucrecia Aldana, sin siquiera voltear a ver a Andrés.

—De inmediato, voy a la habitación de la señorita —respondió cabizbaja la madre de Andrés.

Martín fue más efusivo y dio un abrazo al muchacho y a su madre, para desagrado de Lucrecia, a quien parecía molestarle el contacto físico con otras personas, sobre todo si eran parte de la servidumbre.





—¡Bienvenido, Andrés! Ya tu madre es como de la casa. Vaya con la hija de don Armando que yo me quedo con su hijo —indicó Martín a Carmen, mientras abrazaba a Andrés por los hombros, de manera sobreprotectora.

Martín llevó al joven hasta un corral donde estaban algunas vacas y le explicó que el primer trabajo que se le asignaría consistía en apoyar en el arreo de unas reses que había comprado don Armando, desde un terreno ubicado a unos pocos kilómetros hasta los establos del rancho.

Martín había ido a buscar a los otros arrieros y dejó esperando al muchacho, quien estaba muy emocionado con la encomienda, pues montaría a caballo y sería un verdadero vaquero, como esos de las películas que tanto le gustaban. Mientras estaba inmerso en aquellos pensamientos vio acercarse a una mujer adulta junto a una jovencita. Las dos féminas iban directo hacia él, y cuando estaban tan solo a



unos cuantos pasos se dio cuenta de que se trataba de su madre y de Marina.

—Hola, Andrés. Hace mucho tiempo que no nos veíamos. Le dije a tu madre que quería saludarte. Disculpa que ayer no pude ser tan amigable como hubiese querido, pero sabes cómo es mi padre. He vuelto a El Carrizal y seguramente nos veremos más seguido. Es un verdadero gusto —dijo Marina mientras abrazaba al sorprendido joven, quien apenas se movía por el impacto.

—El gusto es mío, Marina. Estás muy hermosa.

—¡Andrés, no seas atrevido! ¡Que es la señorita de la casa! —reprendió Carmen a su hijo por aquella indiscreción.

—No lo regañes, Carmen, que solamente me hizo un cumplido. Gracias, Andrés. Tú también estás muy guapo. Aunque estás más alto, tienes la misma cara de niño —comentó Marina al pasar su mano izquierda por el rostro del joven—.





Espero que nos veamos en la fiesta cuando termines con tus tareas... ¡Hasta luego, Andrés!

Andrés quedó mudo e inmóvil. Aquella jovencita lo desconcertaba y, evidentemente, le gustaba. Sabía que si hacía un buen trabajo, Marina podría verlo con otros ojos.

¡Despierta, muchacho! —exclamó en voz alta Martín, sacando a Andrés de sus pensamientos—. Estos dos cuates son expertos arrieros. Te vas con ellos y los ayudas. Aprende algo, chamaco... Por cierto, la señorita Marina me dijo que no te ocupara por tanto tiempo, que te dejara libre temprano para que estuvieras en la fiesta. Así que las reses deberán estar en estos corrales lo antes posible.

Andrés y los otros dos arrieros partieron a caballo a buscar los animales. Al llegar al punto fijado los estaban esperando dos grandes camiones cargados con reses. El joven no sabía mucho de aquellas cosas pero pronto se dio cuenta de que algo no andaba bien. De los camiones bajaron tres hombres



armados: uno dejaba ver una pistola plateada .9 milímetros, mientras que los otros dos cargaban sendos fusiles de asalto R-15. Al ver aquello, Andrés empezó a temblar, pero uno de los arrieros le dijo que se calmara pues todos eran cuates.

—¿Cómo andan, muchachos? Veo que vienen con un chamaco nuevo. Aquí tenemos estos animales para don Armando. Ya fueron remarcados y están listos.

Luego de bajar a los animales y organizarlos, Andrés y sus dos silenciosos compañeros comenzaron el camino de retorno hacia el rancho. El nervioso joven Andrés tenía la impresión de que aquellas bestias eran robadas. Don Armando tenía fama de tomar algunas vacas que no eran suyas para engordar sus rebaños. Andrés acababa de ser testigo del delito de abigeato. Con mucha vergüenza diría a Martín que prefería continuar ayudando en el restaurante de doña Eloísa que verse implicado en problemas con la justicia. Su idea de trabajar dignamente, como le había dicho su padre, no era esa. En El Carrizal era

---



común ver a hombres armados, incluso algunos padres de familia acostumbraban enseñar a sus hijos a disparar, pero eso no es lo suyo, lo de él es la cocina.

El trayecto de retorno fue muy silencioso. Los únicos ruidos que se escuchaban eran el mugido de las vacas y el ladrido de unos veteranos perros que alineaban a las reses cuando estas se salían del camino. Andrés todavía estaba nervioso pero algo le decía que las cosas cambiarían para bien.

Todo fue más fácil de lo que él pensaba. Los dos arrieros le dijeron que no todos los trabajos eran tan sencillos ni tan pacíficos, pero que ya era uno de los suyos y esperaban contar con él en próximas ocasiones. Andrés, que todavía estaba un poco nervioso por el encuentro con los presuntos cuatreros armados, se calmó cuando vio a Marina. Luego de



ayudar a guardar las reses en el corral, se acercó a la joven y dijo un cumplido que el abuelo de Julio, don Emilio, le había comentado que no fallaba en su época:

—¿Qué pasará en el cielo, que los ángeles bajaron a la Tierra?

La joven sonrió y lo tomó de la mano, llevándolo a un quiosco tipo glorieta que estaba en el jardín de la casa. Allí empezaron a conversar sobre las experiencias que habían vivido en los últimos años. Poco a poco los dos adolescentes sentían que no había nadie más alrededor, aunque ya estaba tocando el primero de los grupos nortños y se escuchaban las risas de los invitados que disfrutaban al ritmo de la música. Pero a pesar de la algarabía los jóvenes se dieron un beso, de hecho, el primer beso de ambos.









# La fiesta



### 3. La fiesta

Mientras la música divertía a los invitados en los amplios jardines del rancho, don Armando tenía una reunión con un grupo de socios provenientes de algunos municipios de Michoacán y de otros estados aledaños. En su despacho, varios hombres trajeados elegantemente conversaban sobre asuntos de negocios relacionados con ganadería, minería, comercios y otros temas que compartían con el anfitrión del encuentro.

Marina y Andrés habían entrado a la casa. La muchacha quería mostrarle a su invitado algunos reconocimientos que había recibido de las autoridades del pueblo por el apoyo que había prestado en varios operativos de salud para animales.



Mientras fue a buscarlos, Andrés quedó solo en la inmensa sala y empezó a curiosear. Entró a un salón pequeño, donde había un escritorio de madera. En las paredes se encontraban fotografías de algunos lugares del pueblo, como el parque recreativo, el club de gallos, el auditorio de usos múltiples y otros sitios muy conocidos para los carrizaleños.

De repente algo llamó la atención del adolescente. Enmarcada en vidrio se encontraba una hermosa medalla plateada. El pequeño objeto llamó la atención del joven, quien se acercó para apreciarlo mejor. En principio pensó que se trataba de alguna condecoración recibida por don Armando, pero cuando la tuvo a escasos centímetros de sus ojos la reconoció. No tenía dudas, era la medalla de su padre con la imagen de la Virgen de la Candelaria.

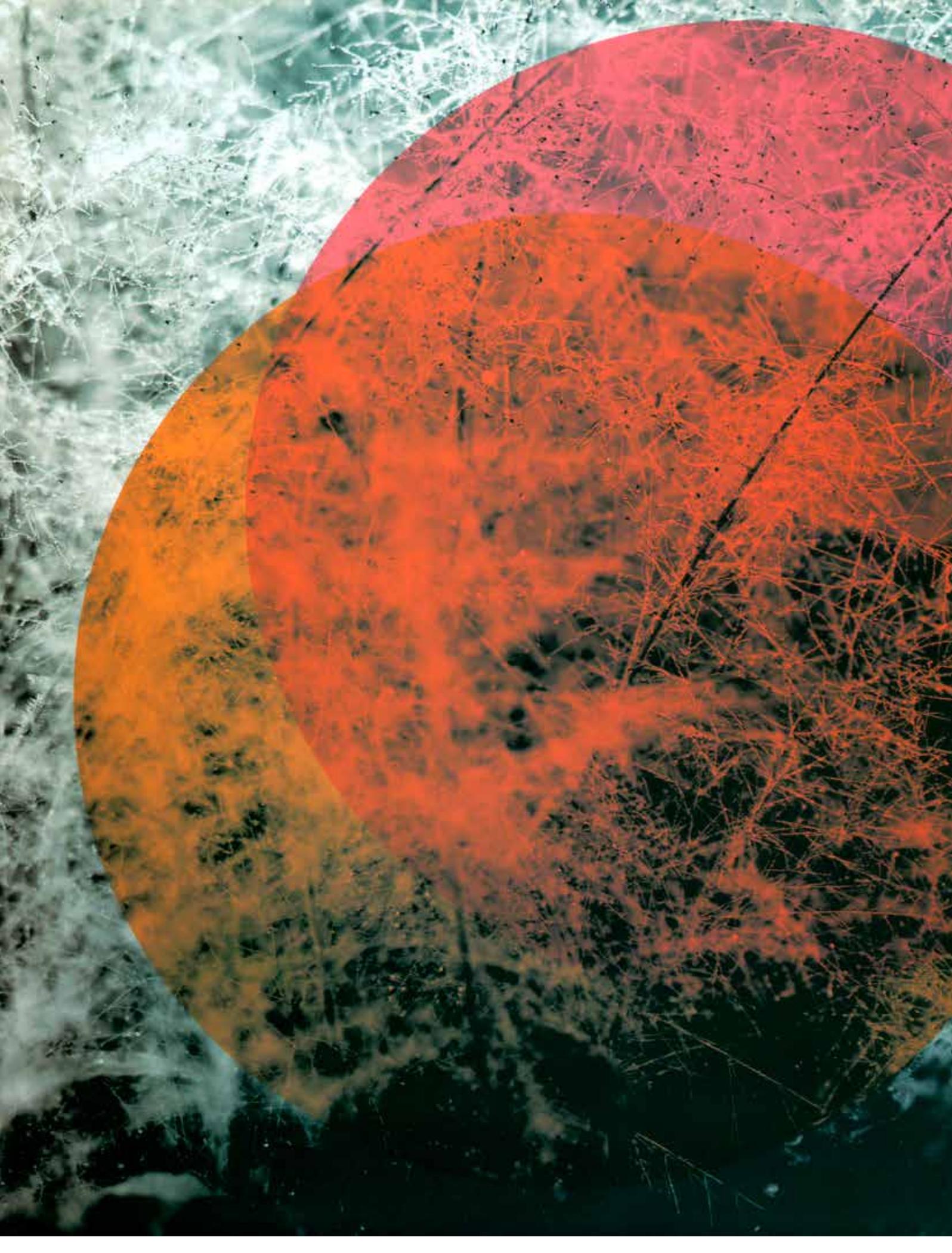
Andrés sintió un escalofrío que le recorrió todo el cuerpo. Esa medalla nunca fue encontrada cuando localizaron el



cuerpo sin vida de su progenitor. Ahora la tenía enfrente. El día había estado cargado de emociones. Primero el encuentro con aquellos hombres armados y el traslado de reses “remarcadas”, luego la compañía de Marina —con beso incluido— y ahora la medalla de su padre estaba a su alcance. Aquello le indicaba que la muerte de Victorino no había sido tan accidental como se había dicho y que en aquella casa estaba el responsable del deceso que había cambiado la vida de su familia.

No había dudas, era la medalla de su padre con la imagen de la Virgen sosteniendo al Niño Jesús en uno de sus brazos y en otro un báculo. Además, estaba ligeramente doblada. Para salir de dudas, Andrés decidió hacer una jugada arriesgada y tomó el cuadro en sus manos arrojándolo al suelo y rompiendo el vidrio. Tomó la medalla, retirando con cuidado los cristales rotos. Una astilla cortó levemente





el dedo índice de su mano derecha y manchó con sangre la pieza de orfebrería religiosa por la parte de atrás. Limpió la sangre y despejó las letras “VEC”, iniciales de Victorino Elías Campos, el nombre de su padre.

Estaba mareado, su cabeza le daba vueltas y sentía que se desmayaría en aquel cuarto parcialmente oscuro... ¿Qué debería hacer? Estaba en la cueva del lobo y, lo que era peor, le gustaba la hija de ese depredador que sin lugar a dudas había sido el responsable de la muerte de su padre.

—¿Qué haces aquí, muchacho? ¿Qué tienes en la mano?  
—gritó un hombre desde la puerta del salón.

Era José Hidalgo, que le apuntaba con su revólver calibre .38, mientras seguía dándole órdenes.

---

—¡Levanta las manos y acércate lentamente! Tenemos una deuda de honor pendiente y parece que por fin podré ajustar cuentas contigo.

Andrés obedeció aunque continuaba aturdido por la impresión que le había causado aquel descubrimiento. Sin embargo, antes de subir los brazos había marcado desde su celular el teléfono de Martín, quien era en aquel momento la única persona en la que podía confiar o al menos eso pensaba el adolescente.

—¡Vamos, te llevaré con don Armando! No le gustará que un mocoso como tú le fastidie su fiesta.

Marina apareció en la sala de la casa. En sus manos tenía los certificados y agradecimientos por su ayuda en las jornadas de salud veterinaria. Estaba muy animada por mostrárselos a Andrés. Sin embargo, no lo veía por ningún



lado. Era muy extraño porque ella le dijo que la esperara allí, que no se moviera... —¿Qué le habrá pasado? —pensó la joven.

Mientras tanto, José llevó a Andrés a otra salita afuera de la cocina y avisó a don Armando que había una situación complicada que ameritaba su presencia. El ranchero tomó su sombrero y acudió para constatar de qué se trataba.

—¿Qué pasa, José? Sabes que no me gusta que me molesten cuando tengo visitas y menos todavía cuando estoy reunido con mis socios. Sabes que hoy es un día especial. Espero que esto sea importante —reclamó el hacendado a su empleado al mismo tiempo que echaba una mirada al nervioso joven—. Yo te conozco, mocoso... Nos vimos ayer, eres el hijo de Victorino Campos... ¿Aníbal...? ¿Arturo?



—¡Andrés! Soy Andrés Elías Campos Martínez —respondió desafiante el joven sin dejar de mover entre sus dedos la medallita de la Virgen de la Candelaria. Pensaba que tal vez mostrándose valiente tendría una oportunidad de vivir, aunque su corazón estaba acelerado y no le faltaban ganas de llorar.

Don Armando había notado la medalla. La reconoció de inmediato y dejó ver una sonrisa escalofriante.

—¿Qué tienes ahí? ¿No te dijeron que no deberías husmear y menos tomar las cosas que no te pertenecen? —preguntó don Armando, mientras sacaba un habano del bolsillo interno de su chamarra.

—Esta medalla era de mi padre. La llevaba el día que murió o, mejor dicho, que lo mataron.

Don Armando preparaba su cigarro con un cortapuros de acero inoxidable y doble guillotina. Como buen aficionado a estos tabacos tenía unos cerillos especiales de madera



de cedro, los cuales, según los entendidos en la materia, reforzaban el aroma natural de los habanos. José sabía que cuando su jefe encendía un puro en una situación similar no eran muy prometedoras las expectativas para el detenido.

—Se nota que eres hijo de Victorino. Él también se metió en cosas que no debía, aunque no lo hizo en su primer día de trabajo, como lo hiciste tú. Reconozco que tienes agallas, muchacho. Tu padre se había vuelto un soplón de las autoridades. Parece que le gustaba hablar más de la cuenta —dijo don Armando para luego aspirar una bocanada de su cigarro cubano.

—Yo no estaba buscando nada. Entré en una sala por accidente y conseguí la medalla de mi padre.

—Bueno, eso no importa... Y pensar que le di trabajo a tu madre después del suceso del palenque. Incluso tú ibas a trabajar con nosotros. Hoy nos ayudaste a arrear unas vaquitas... El



mundo está lleno de malagradecidos. Recuerda, muchacho... No es nada personal. Yo apreciaba a tu padre, respeto a tu madre y estoy seguro que también te hubiese tomado cariño. José —indicó el ranchero girando su cabeza hacia el hombre de la .38— ¡Ocúpate! Yo tengo invitados que atender.

—Será un placer, don Armando. No se preocupe.

Andrés apretaba fuertemente la medallita, pues no quería que se la quitaran, y pensaba en los consejos de sus amigos, Ricardo y Julio, quienes le dijeron que no buscara trabajo en el rancho de don Armando. Estaba arrepentido por no haberles hecho caso.

Además, tenía un montón de sentimientos encontrados: por un lado, miedo y tristeza, por otro, su sueño —al parecer truncado— de abrir un restaurante, y no podía dejar de





pensar en su madre y su hermanito; ¿Qué sería de ellos? En medio de ese torbellino de pensamientos aparecía su beso con Marina, quien le gustaba mucho a pesar de lo que había hecho su padre.

Andrés, aficionado a las películas de acción hollywoodenses, tenía la esperanza de que aparecieran los “chicos buenos” en cualquier momento. Por algo había marcado el número de Martín, pues si él escuchaba lo que estaba pasando de seguro acudiría en su ayuda. Hasta ahora las cosas habían pasado como en esas cintas policiacas que tanto le gustaban, es decir, los “malos” habían descubierto al “héroe” fisgoneando, el “villano principal” le había contado sus delitos y únicamente faltaba que llegara la caballería para restablecer el orden.



Justo cuando José se acercaba para llevárselo de allí empezó a escucharse un estruendo enorme y aparecieron en el firmamento unas intensas luces blancas, además de un ruido de sirenas que iban aplacando la música de la banda que se oía cada vez más bajo.

José se alteró y salió de allí para ver qué ocurría. Don Armando y sus socios salieron del despacho del anfitrión y corrían de un lado a otro. Andrés aprovechó el desorden para irse de allí. Afuera, en la sala de la casa vio a Marina angustiada.

—¿Qué pasa? ¿Dónde te habías metido? —preguntó la muchacha con sus certificados todavía en la mano.

—Luego te cuento, salgamos de aquí —respondió Andrés tratando de sacar a Marina de aquel caos.



Andrés notó que su presencia ya no le importaba ni a José ni mucho menos a don Armando, quienes se dirigían junto con otros hombres armados hacia los jardines con la idea de escapar del lugar. Andrés salió de la casa y vio asombrado la enorme presencia de policías y militares enfrentándose con algunos hombres de don Armando —los que intentaban cubrir la huida de su jefe—. Además, observó que las brillantes luces eran helicópteros militares que servían de apoyo al operativo, junto con patrullas y vehículos para el transporte de tropas.

Andrés, acompañado por Marina, se dio cuenta de que el hombre que parecía ser el comandante de aquella operación se acercaba hacia él. Vestía de negro, con chaleco antibalas y pasamontañas, portando un fusil Heckler & Koch. Cuando el funcionario se encontraba frente a los dos jovencitos se quitó su máscara negra... ¡Era Martín!



—¡Resguárdense por allá! —dijo Martín señalando un camión militar—. El área todavía no es segura, pero en poco tiempo tendremos el control.

—Martín, no sé dónde está mi madre. Tengo que encontrarla antes de protegerme.

—Ella está bien. Luego hablamos ¡Hagan caso!

Martín los vio con mirada de autoridad. Andrés sabía que le estaba diciendo la verdad. Si Martín afirmaba que su madre estaba bien, pues seguro era cierto. Se fue con Marina a escudarse tras el camión militar. La muchacha sabía que algún día pasaría esto. Siempre imaginó que su padre la había enviado a Estados Unidos para evitarle ser testigo de su arresto. De hecho, don Armando le había dicho que debía ser fuerte si le pasaba algo, pues sus negocios a veces no eran bien vistos por las autoridades.



Ante la abrumadora superioridad numérica, los hombres de don Armando se rindieron, arrojando sus armas. El hacendado intentó llegar hasta su avión privado junto con sus socios y algunos guardaespaldas, liderados por José Hidalgo. Iban en una caravana conformada por cuatro camionetas utilitarias, pero fueron interceptados poco antes de subir al aparato por vehículos militares y por un helicóptero Blackhawk artillado. No hubo mayor resistencia.

La fiesta había terminado.

# Un nuevo comienzo



#### 4. Un nuevo comienzo

Habían pasado algunos meses desde la fiesta en el Rancho General Arteaga. Al parecer, algunos de los negocios de don Armando no eran muy honestos y debido a ello ahora debía pasar una temporada alejado de la libertad. Los carrizaleños comentaban sobre lo que había pasado. Unos decían que un adolescente desconocido había prestado ayuda a las fuerzas del orden público, otros afirmaban que entre los socios del rancho se encontraba la persona clave del operativo, incluso circuló un rumor según el cual los policías y los militares ingresaron a la propiedad disfrazados como integrantes de un grupo musical.





También los niños del lugar habían inventado un nuevo juego que llevaban a cabo en la plaza principal, le llamaban “la fiesta”. Algunos pequeños eran policías y militares, mientras otros asumían los roles de los hombres de don Armando, enfrentándose en combates imaginarios. Algunas propiedades del hacendado estaban bajo custodia de las autoridades, mientras duraba todo el proceso legal. Los habitantes de El Carrizal continuaban con sus vidas siguiendo con sus actividades normales.

Entre los carrizaleños que seguían con sus vidas estaban cuatro adolescentes: Julio, Ricardo, Marina y Andrés. La hija de don Armando trataba de integrarse al grupo, y aunque extrañaba a su padre no podía obviar las faltas y delitos que este había cometido, por los cuales tendría que rendir cuentas ante la justicia. Los otros tres jóvenes habían sido muy receptivos con ella, sobre todo Andrés, con quien estaba viviendo su primer amor.



Sin lugar a dudas, los muchachos estaban decididos a mantener sus proyectos de vida. Marina deseaba ser veterinaria zootecnista, Ricardo añoraba convertirse en un gran artista, Julio aspiraba a ser ingeniero de minas y Andrés quería abrir su propio restaurante. Los cuatro se apoyaban mutuamente para hacer cumplir sus sueños e intentar superar las dificultades.

Uno de los hombres que les dio un gran apoyo a los jóvenes, sobre todo a Andrés y Marina, fue Martín, quien los resguardó tras la operación que dirigió en el rancho de don Armando.

Martín les explicó a ambos, poco después de la operación, hasta donde se lo permitían las leyes y tratando en lo posible de no herir susceptibilidades, cómo se había desarrollado todo.

—Entiendo que se hayan sorprendido cuando me vieron uniformado —narró Martín tratando de ser lo más sincero posible—. Soy policía y logré infiltrarme en la organización

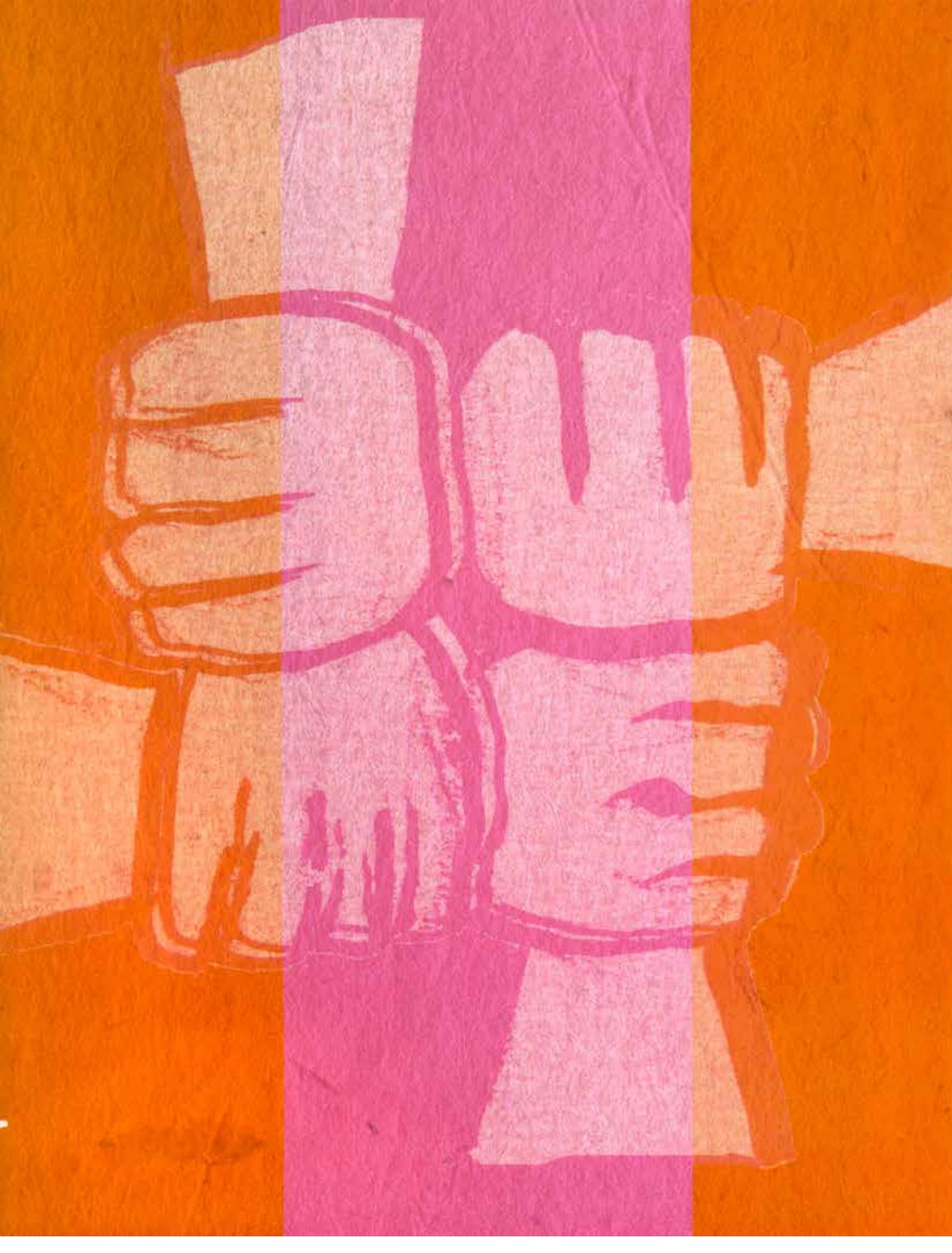


de Armando Figuera, ganándome su confianza como jefe de su círculo de seguridad. Estábamos investigando algunos asuntos relacionados con el robo de ganado, entre otras faltas a la ley.

—¿Qué pasó con mi padre? —preguntó Andrés.

—Victorino me descubrió revisando unos archivos en el despacho de don Armando y no me delató, más bien me ayudó mucho en la investigación. A veces brindaba apoyo en el arreo de ganado y conocía muy bien las rutas de transporte, y toda esa información nos la transmitió. José sospechaba de tu padre pero jamás pudo probarlo, así que le tendió una trampa contratando a un matón disfrazado de gallero para que lo provocara en aquel palenque, cosa que no le fue difícil por el temperamento fuerte que tenía tu papá. Pero jamás habló y por eso le debo la vida. Realmente sentí el fallecimiento de Victorino. Tu madre también nos apoyó gracias a otra agente encubierta que le dio acceso a





la casa, la siempre odiosa y malencarada, Lucrecia Aldana. Carmen nos ayudó a colocar un micrófono en la medalla de la Virgen de la Candelaria de tu padre. Fue un trabajo conjunto que por fortuna ha tenido un desenlace positivo. Por cierto —Martín miró a Marina—, tu padre ha sido un detenido modelo y ha colaborado mucho con nosotros. Nos pidió que veláramos por ti y creo que lo estamos haciendo bien.

—Esta ha sido una lección importante para nosotros. Confío en que todo saldrá bien y tendremos un futuro mejor para nosotros y nuestro pueblo —reflexionó Marina.

—Por cierto, los cuatreritos que conociste el día de la fiesta también eran policías. Así que no corrías peligro —señaló Martín.

—Debíamos aprovechar el día de la fiesta porque estarían reunidos todos los socios y no podíamos dejar pasar la ocasión. Fueron muy valientes. Ustedes representan la juventud que



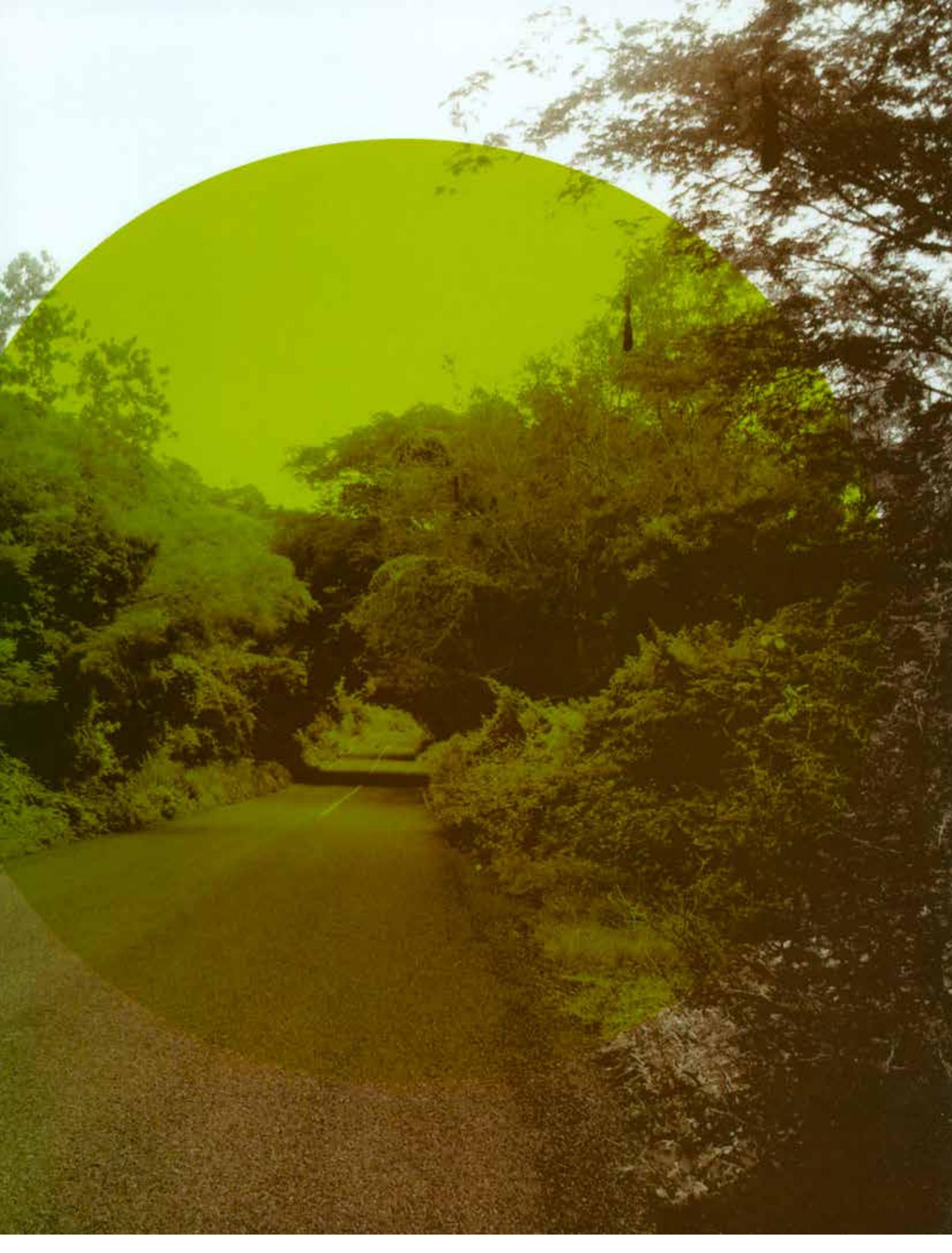
necesita el pueblo de El Carrizal para salir adelante. Sigán con sus sueños —fueron las motivadoras palabras de Martín para los dos adolescentes.

Por ahora, los jóvenes de El Carrizal están enfocados en realizar sus proyectos de vida. Por ello, con estudio y dedicación, siembran las bases para un nuevo comienzo.





Daniel regresa  
a su pueblo



## Daniel regresa a su pueblo

Cuando Daniel detuvo su automóvil poco antes de entrar al pueblo de El Carrizal, justo al lado de la piedra que tiene forma de rana, divisó desde ahí el caserío y algunos edificios que sobresalían a la distancia. De sólo ver su pueblo natal desde ese punto, así como las luces del alumbrado urbano que ya estaban encendidas al caer la tarde, se dio cuenta que muchas cosas habían cambiado durante los 20 años en que estuvo ausente.

Una mezcla de sentimientos se agolparon en su pecho. Estaba regresando al pueblo donde alguna vez vivieron sus padres y sus hermanos; el terruño que alguna vez sintió suyo y en el que tuvo un hogar y una infancia que aunque llena

---

de necesidades y privaciones, también estuvo colmada de bellos recuerdos y de momentos de inmensa felicidad.

Las penurias de una familia como la suya nunca pasaron por su mente cuando él era niño, pues “a Dios gracias”, como decía doña Elodia, su madre, nunca faltó alimento en su mesa, ni el cariño de sus padres, ni la alborozada alegría propia de la infancia, ni les faltaron historias, leyendas y cuentos, que su padre les contaba antes de dormir o cuando se sentaban alrededor de una fogata, y que avivaron su imaginación de niño y lo hicieron soñar con llegar muy alto, “hasta las estrellas”.

Decía su abuela materna, doña Paulita, que todos los niños venían al mundo para ser felices. Así que, obediente de su abuela, en la mente infantil de Daniel no cabía ni la amargura ni la tristeza. Después supo que eso era así porque no echaba en falta aquello que nunca había tenido. Sus pies, casi siempre desnudos o con simples huaraches, se habían





endurecido a fuerza de subir y bajar los cerros que rodeaban el poblado jugando a los soldados o a las guerritas con sus amiguitos del vecindario, tan pobres y desprovistos como él.

Daniel era el tercero de una familia de cinco hermanos. El primogénito se llamaba Rafael como el papá y tenía cuatro años más que él. Seguía su hermano Eduardo que era dos años mayor; después que él estaban Yolanda y Gregorio, gemelos a los que les llevaba cuatro años.

Daniel no recordaba haber tenido nunca un pantalón o una camisa nuevos porque siempre le tocaba acabarse la ropa que sus hermanos mayores iban dejando al crecer. Así transcurrieron sus primeros años en aquel pueblo. Y pese a la pobreza, no recordaba jamás haberse sentido infeliz.

Don Rafael, su padre, era un hombre de piel curtida por el sol y manos callosas por los trabajos físicos a los que se dedican los jornaleros del campo, era de carácter jovial, aficionado a cantar coplas, corridos y sones de Tierra

---

Caliente. La falta de trabajo y el aislamiento en que vivían lo obligaron a emigrar a los Estados Unidos en busca de un mejor destino. Don Rafael hizo el gran sacrificio de juntar un dinero para viajar a la frontera e intentar entrar a los Estados Unidos, siguiendo la misma ruta que otros amigos suyos habían recorrido antes, con la esperanza de trabajar en los campos agrícolas de California.

En aquellos años, el país vecino estaba enfrascado en una de sus tantas guerras y el gobierno americano daba facilidades para que entrara la mano de obra mexicana para levantar las cosechas en las fincas agrícolas de California, de Texas y de otros estados de la Unión Americana. Aprovechando esta facilidad el padre de Daniel se incorporó al programa de braceros y así inició una nueva etapa en la vida de la familia, en la que don Rafael enviaba dinero a doña Elodia, pero a la vez sus hijos crecían sin la cercanía del padre.



Daniel tuvo que aprender a bastarse por sí mismo y a retomar muchos de los trabajos que antes hacía su papá. Igual sus hermanos tuvieron que cambiar su modo de vivir. Ahora había que hacerse cargo de muchas obligaciones y responsabilidades, pero en la cabeza de Daniel la imagen del padre seguía siendo la del hombre amable que le contaba cuentos al pie de su cama antes de dormir.

Sus recuerdos infantiles eran, casi todos, festivos y divertidos, como aquella vez en que él y su pandilla de rapazuelos habían entrado a hurtadillas a la huerta de don Conrado a robarse los mangos y las guayabas que el anciano cuidaba con tanto esmero, y en el momento en que habían consumado su fechoría el anciano les salió al paso con un viejo rifle que había usado de joven en la guerra cristera y con aquella enmohecida y temible arma empezó a echarles bala desde la huerta hasta el pueblo.



La ausencia del padre empezaba a hacer mella en Daniel. Su espíritu alegre y festivo era poco a poco matizado por periodos de retraimiento y soledad. También, cada vez el dinero que mandaba su papá llegaba en menores cantidades y más espaciado. Las cartas también llegaban hasta con tres meses de retraso. Llegó un día en que su madre dejó de esperar el correo, los envíos de dinero o siquiera alguna noticia de Rafael. La tristeza invadió aquel hogar y Daniel estaba muy consciente de que él tenía que hacer algo por su familia.

Fue tal vez un impulso inconsciente de reencontrarse con su padre para reclamarle el abandono o quizá la necesidad autoimpuesta de sacar a su familia de la situación en que había quedado. O tal vez fueron las lágrimas de su madre, vertidas noche tras noche en silencio, a escondidas de sus hijos, por la ausencia y el dolor de sobrellevar sola el peso



de una familia sin el apoyo y la presencia del hombre de la casa, o fue una mezcla de todas esas cosas lo que llevó a Daniel a emigrar también a los Estados Unidos, no sin antes prometerle a su madre que vendría por ella y por todos sus hermanos y se los llevaría a vivir con él.

—Verá, mamá, que todo va a estar bien. — Cuando salió de su casa apenas tenía 12 años, pero sentía que ya era lo suficientemente fuerte para trabajar y sacar adelante a su familia. Lleno de temores pero también fortalecido por una determinación para superar cualquier obstáculo, Daniel salió solo dejando tras de sí al niño que había sido para convertirse, de un día a otro, en un hombre que enfrentaba la vida con no más que unas pocas letras aprendidas en la escuela primaria que había dejado sin concluir y con su inteligencia natural. Eso era todo su herramental para defenderse frente al destino incierto que tenía frente a sí.

---



Veinte años después, regresaba hecho un hombre. Maduro, con la experiencia y la fortaleza de alguien que ha triunfado en la vida a base de esfuerzo y tesón inquebrantables; con el carácter recio y firme, adquirido al enlistarse en el Ejército Norteamericano y haber combatido en varios países del Medio Oriente. Regresaba además con una profesión que lo certificaba como mecánico aeronáutico, carrera que estudió mientras servía en el ejército.

Cuando llegó al vecino país del norte, se dedicó a trabajar en las labores más rudas, pero siendo un adolescente carecía de la fuerza y la resistencia para las extenuantes faenas de los campos agrícolas. Sin embargo, los americanos que administraban la finca a la que había llegado se dieron cuenta que Daniel tenía una gran facilidad para aprender el idioma inglés y que su inteligencia era muy superior a la del promedio para muchachos de su edad. Pronto Daniel



fue transferido a labores de menor esfuerzo físico pero de mayor exigencia mental, como hacer el recuento de las horas trabajadas por cada empleado de la finca y calcular los sueldos que se debían pagar.

Su honradez y eficiencia lo hicieron ganarse la confianza de sus patrones, quienes lo convencieron de que debía seguir estudiando y terminar su escuela primaria, lo cual hizo con absoluta disciplina y dedicación. Así, continuó con estudios secundarios (High School) para finalmente ingresar al College, sin descuidar jamás su trabajo y la buena relación con sus patrones y benefactores. En cuanto le fue posible hizo los trámites necesarios para trasladar a toda su familia a San Bernardino, California, y arreglarles documentos para que su residencia en los Estados Unidos fuera legal.

Siendo ya un joven de 20 años, enlistado en el Army, Daniel seguía pensando si podría encontrar a su padre en



alguna parte. Resuelto a dar con su paradero para ajustar cuentas con él, dedicó unas semanas en que se encontraba franco, es decir, liberado temporalmente de sus obligaciones militares, para ir a buscarlo en los lugares desde donde mandó sus últimas cartas. Llegó al pueblo de Fresno, California y buscó en las fincas agrícolas a alguien que le diera razón de su padre. Recorrió muchos campos de cultivo en donde se producían hortalizas, brócoli, lechuga, rábano, cebollín, pero nadie le sabía decir si su padre había estado ahí alguna vez.

Agotado por la frustrante búsqueda, se disponía a regresar con su familia cuando divisó un camión de carga que salía de un camino de terracería para incorporarse a la ruta principal. Descendió de su vehículo y corrió a interceptar al chofer. Le preguntó de dónde venía y éste le contestó: “del empaque de la Fruit & Vegetable Company”.





Sólo por hacer un último intento tomó aquel camino y una milla más adentro encontró un conjunto de bodegas y decenas de camiones con remolques refrigerados que estaban siendo cargados.

Se acercó a un individuo que traía un casco con auriculares y micrófono integrado, además de un extraño aparato electrónico desde el que parecía dar instrucciones y controlar las maniobras de carga. Se dirigió a él en inglés y le preguntó si alguien en la administración de la empresa podría darle informes sobre una persona que probablemente habría trabajado ahí. El hombre le señaló una de las bodegas, habilitada como oficina y de inmediato Daniel se dirigió hacia allá.

Entró a un despacho pequeño en el que había dos escritorios y un montón de archiveros metálicos. De la parte trasera de la oficina se abrió una puerta y apareció una mujer



un poco obesa y entrada en años que le preguntó con cierta molestia qué se le ofrecía. Daniel, tratando de ser amable y cuidadoso para no incomodar a aquella señora con gesto poco amistoso, le comentó que había perdido rastro de su padre que se llamaba Rafael y que la última carta que había enviado a México decía que estaba trabajando en un empaque de hortalizas cerca de Fresno, California.

¿Rafael qué? Le dijo la mujer, mientras abría un cajón de uno de los archiveros. Daniel le dio el primer apellido de su padre: Mendoza, le dijo. Los dedos de la señora se movían entre los cientos de expedientes y se detuvo en uno de ellos. Aquí hay un nombre: Ralph Mendoza, mexicano, que trabajó aquí hace 6 años. Tal vez sea la misma persona. Hay un gafete con su imagen, vea usted si se trata del mismo individuo.



Daniel se acercó a ver la fotografía y, efectivamente, vio el retrato de su papá. Es él —dijo, emocionado—. ¿Cómo podría localizarlo?

—No lo sé —contestó ella— aquí no tenemos registrado ningún domicilio. Es probable que lo hayan deportado a México o que se haya ido a trabajar a otra parte. Siento mucho no poder darle mayor información.

Daniel salió de la oficina con la mirada perdida. ¿Qué había pasado con su padre en los seis últimos años? ¿Por qué no quisieron darle más información? Caminaba lentamente hacia su vehículo cuando sintió que alguien lo seguía. Se volvió y encontró a un hombre de aspecto latino, entrado en sus cincuenta años, que le dijo con tono amigable y hasta paternal:

—¿A quién buscas, hijo?

—A mi padre, Rafael Mendoza —respondió Daniel.

---

Le dijo que en la oficina le habían dicho que había trabajado ahí hacía seis años pero no le quisieron dar mayores informes.

—¿Eres hijo de Rafael? —dijo el hombre.

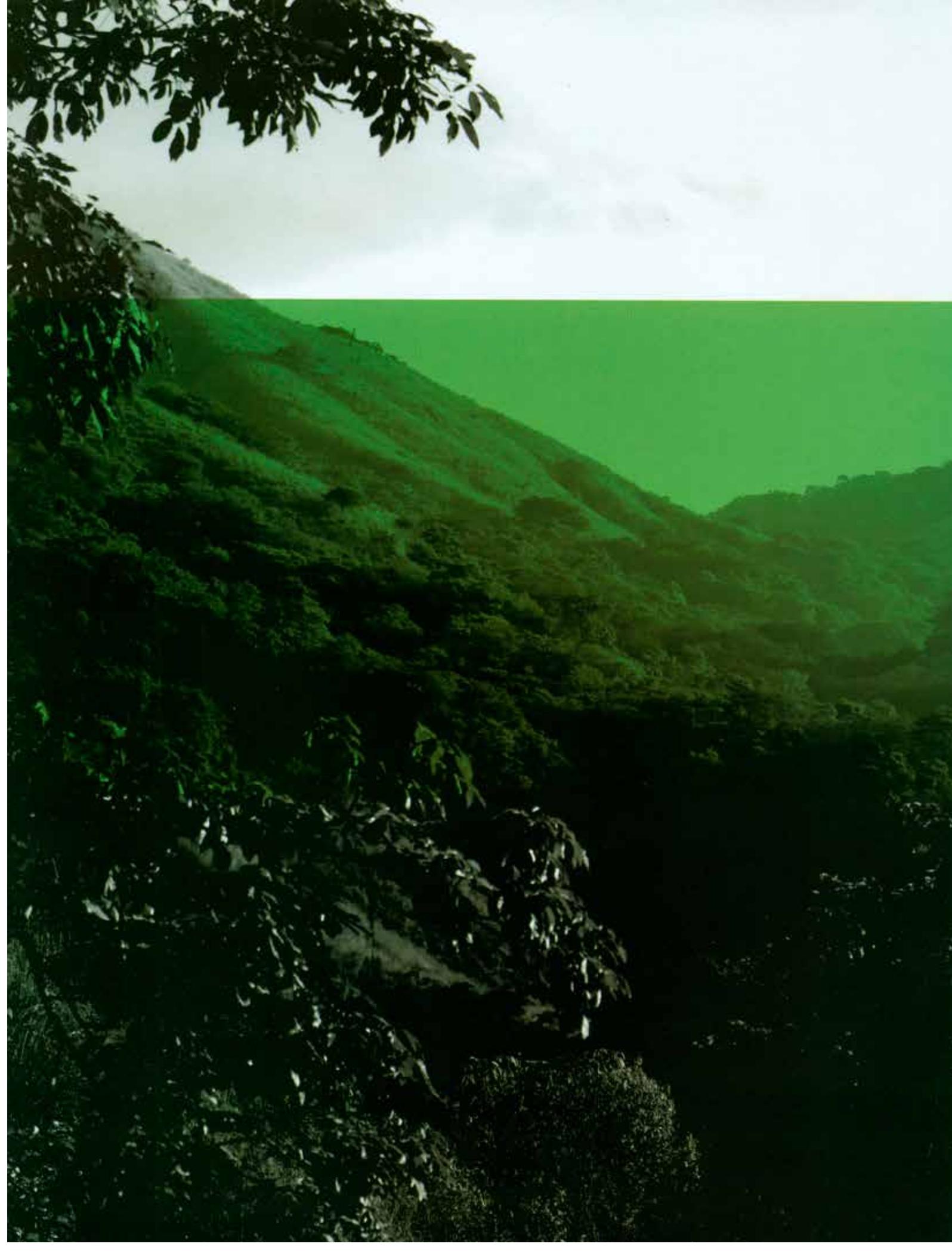
—¿Usted lo conoce? —preguntó Daniel.

El hombre bajó la cabeza y le dijo:

—Yo me llamo Manuel, y fui muy amigo de tu padre. Aquí trabajó algunos años y siempre nos dijo que él se iba a regresar a México en cuanto juntara el suficiente dinero para poner un negocio allá. Hablaba de que quería comprar un rancho en Michoacán donde afirmaba que había una mina de oro y que él la iba a trabajar.

»Desgraciadamente, hijo mío, un día no se presentó a trabajar, cosa rara en él, y cuando pasó una semana sin que acudiera al empaque, fui a buscarlo a la casita que rentaba y donde siempre vivió solo. Lo encontré postrado en una cama con un fuerte dolor en el pecho que le impedía hablar.





Con dificultad y casi susurrando a mi oído me dijo que cinco años atrás le habían detectado una enfermedad del corazón pero que entonces no le había hecho mucho caso. Luego, el dolor se le fue haciendo cada vez más fuerte y para calmarlo empezó a gastar mucho dinero en medicamentos. Unos doctores le dijeron que se tenía que operar, pero la cirugía era demasiado costosa y, cuando Rafa le planteó el problema a su superior en el empaque, los dueños de la empresa no se quisieron hacer cargo de los gastos ya que su condición laboral era de trabajador eventual, sin ninguna prestación médica.

»Aún así, Rafael siguió laborando durante algún tiempo, hasta que llegó el momento en que le fue imposible realizar el más ligero esfuerzo físico. Fue entonces cuando se quedó en su casa, postrado en cama sin poder moverse.



»De su situación de salud no había informado a su familia. Aunque no me lo dijo, yo creo que no quería regresar a México sintiéndose derrotado. Así era él: callado y un poco testarudo, se guardaba sus sentimientos y no era fácil hacerlo cambiar de parecer. Yo creo –dijo Manuel– que él no quería darles problemas a ustedes, ni a nadie. Tenía ese aire altivo y, diría yo, hasta soberbio de los que, como decimos en México, “se quiebran pero no se doblan”.

»Lo llevamos al médico pero ya no se pudo hacer nada por él. Su corazón estaba muy débil y no resistió más. Al momento de morir me pidió que le guardara unos papeles que tenía en una caja y que se los diera a su familia si algún día alguno de sus hijos o su esposa llegaran a buscarlo.

»Le dije que había que avisar a su familia de su situación, pero él me alcanzó a decir, “no quiero darles más molestias. Algún día me van a venir a buscar y sabrán la verdad. Si ese

---

día llegara y tu aún estás por aquí, te pido que les entregues esta caja y le digas a mi esposa que todos los días pensé en ella. A mis hijos diles que su padre siempre los quiso y que hizo todo lo posible por darles una vida mejor.

»Al siguiente día murió y entre todos los compañeros juntamos dinero para darle una despedida digna, porque él era un buen hombre, sólo que no sabía dar molestias y a veces es necesario darlas para que la vida no nos pase por encima sin ninguna posibilidad de defendernos. Si tienes tiempo me gustaría que fuéramos a mi casa para darte el encargo que me dejó Rafa para ti. También me encantaría llevarte al lugar donde le dimos cristiana sepultura.

Salieron juntos de ahí para recoger aquella caja que le habían dejado encargada. De su contenido luego trataremos en esta historia, pero era tan importante lo que en ella había que marcó para siempre el futuro de Daniel y de toda su familia.





De hecho, lo que su padre le había dejado en aquella caja era la razón por la que ahora Daniel estaba regresando a El Carrizal y también tenía mucho que ver don Conrado y su rancho.

Su mente regresó a la imagen del señor Conrado, aquel viejito que contaba historias de sus aventuras cuando luchó del lado de los cristeros en contra de los federales que –decía él– querían acabar con la fe cristiana y con la iglesia católica.

Se preguntó si aún viviría aquel anciano en su granja y si lo reconocería ahora que regresaba hecho un adulto. Abordó de nuevo su vehículo y reinició la marcha del motor descendiendo lentamente hacia la entrada del pueblo.

“Yo veía entonces a don Conrado como un viejito a un paso de la tumba pero seguramente no era tan mayor. En aquellos años era aún un hombre fuerte que se entregaba a las duras faenas de su rancho, trabajaba la tierra para producir maíz, arreaba ganado, ordeñaba vacas, abría zanjas, acequias



y abrevaderos para que bebieran agua sus animales, así que, si acaso, tendría a lo más unos 60 años, sólo que en la mente infantil uno ve a las personas mayores como si estuvieran en la más avanzada senectud”. Dijo para sus adentros. “Voy a ir a buscarlo, tal vez aún viva y tenga la dicha de volver a verlo”.

A medida que se acercaba al poblado y aparecían los primeros caseríos, un torbellino de imágenes cruzaron por su mente: De golpe, sintió en su interior el sonido ensordecedor de los días de lluvia, el olor de la hierba recién mojada por el aguacero, el fresco viento que corría debajo de los cueramos y pinzánes, de las parotas y pochotes y el incesante ruido de las chicharras en la resequedad del estío carrizaleño. Sus oídos aún guardaban el recuerdo del canto de los pájaros y las calandrias, el revoloteo de las tórtolas, codornices, faisanes, chonchos y huilotas, que se escondían en los árboles y que él intentaba, ocasionalmente, cazar con una resortera hecha de vara de membrillo.



Repentinamente, detuvo la marcha del vehículo. Se hizo a la vera del camino y quitó las manos del volante. ¿Quién soy yo realmente? Todo me dice que yo soy esto, soy esos árboles, esos aromas, esta hierba, este aire. ¿Por qué me siento tan frágil? Pareciera que el pueblo me está reclamando el que lo haya abandonado, que me haya ido y en vez de estar contento por mi regreso me reclama con enojo que fui un traidor por haberme salido de aquí.

¿Quiénes de los que fueron mis amigos vivirán aún aquí? Tal vez todos se fueron también. Tal vez es un pueblo en el que ya no tengo nada que buscar ni que encontrar. ¿Por qué vine?

Avanzó y pudo ver la torre de la iglesia. Poco a poco entró hasta llegar a la glorieta en la que había un gran y único árbol al centro. Su corazón latía con fuerza. Llegó a la plaza principal del pueblo y bajó del vehículo. Tenía una sensación extraña: se sentía ajeno a ese lugar, un extranjero, un visitante desconocido en un lugar donde no reconocía a

---

nadie. Por un instante tuvo el impulso de abordar su auto y salir de ahí, tomar de nuevo la carretera de regreso. De pronto, cuando estaba a punto de hacerlo, escuchó una voz que parecía llamarlo.... ¿Daniel? ¿Eres Daniel?.

Giró su cabeza y vio a una hermosa joven que lo veía con cierta dulzura pero también con un gesto de duda y sorpresa. —Sí, me llamo Daniel.— sin reconocer a la chica que le estaba llamando por su nombre. ¿No te acuerdas de mi? Le inquirió la joven... Daniel vio aquellos ojos de mirada profunda y algo le decía en su interior que los había visto antes pero no podía recordar nada....Creo que te conozco, pero hace mucho tiempo que me fui de El Carrizal y creo que no recuerdo muchas cosas de aquí.

Yo te recuerdo muy bien, le dijo la chica. Soy Isabel. Vivía frente a tu casa y eras un muchacho muy popular en el barrio. Yo estaba muy pequeña, tenía como seis años, pero me acuerdo mucho de ti porque venías a mi casa a jugar con

---

mi hermano mayor y juntos eran muy tremendos, hacían muchas travesuras y maldades, sólo por divertirse.

¿Qué haces de nuevo en El Carrizal, viniste sólo por que se te cargó la nostalgia o por algún otro asunto? Un poco de ambas cosas, le contestó Daniel. Vine porque mi padre me dejó unos papeles que le dieron a mi abuelo unos ingenieros de minas donde dice que hay un yacimiento de mineral importante aquí muy cerca de El Carrizal y vengo a ver si es cierto o si fue un engaño de estos señores para timar a mis viejos.

¿Tienes dónde llegar? Le preguntó Isabel, porque la que fue tu casa está en muy mal estado y no se ha vuelto a ocupar. No creo que sea un buen sitio para quedarte. Además, yo creo que a Ramón, mi hermano, le va a dar mucho gusto saber que estás aquí y recibirte en su casa.

En cuanto escuchó el nombre de Ramón, vino a su memoria el recuerdo de aquel amigo de infancia.





—¡Claro! Ramón, lo recuerdo muy bien. ¿Qué ha sido de él?  
—Él es comerciante y no le ha ido tan mal —dijo Isabel—, si te parece, ahorita vamos a su casa para que sepa que estás aquí.

—Pues muchas gracias, Isabel. Realmente pensaba quedarme en el hotel de la entrada, pero me encantaría ver a Ramón.

Sin proponérselo, caminaban uno junto al otro por el Jardín Principal, lentamente, como intentando ambos contener sus emociones que eran muchas y estaban a flor de piel. Isabel hacía comentarios sobre cómo había crecido el pueblo y lo bonito que se estaba poniendo. Dijo que ella nunca había salido de El Carrizal más que algunas veces a pasar unos días con unos familiares que vivían en Morelia y unas cuantas ocasiones que había ido de paseo a Playa Azul, cerca del Puerto de Lázaro Cárdenas, siempre con su familia o amigas.

Mientras ella seguía platicándole que era maestra de secundaria y que le encantaba su trabajo, Daniel reconstruía,

---

embelesado, el acento local, la forma dulce como hablan las mujeres michoacanas y especialmente las de El Carrizal. Hacía tanto tiempo que no escuchaba esa cadencia tan propia al hablar, tan de ahí. Pensó que alguna vez él habló como ellos pero entre tanta mezcla de lenguas había perdido totalmente el dominio incluso del idioma español, pues se daba perfectamente cuenta que le costaba trabajo recordar algunas palabras.

¿Quieres tomar algo? Le preguntó. Ella dijo que sí. Fueron caminando hacia la calle principal y entraron a una nevería que ofrecía helados y bebidas frescas con sabores muy mexicanos: mamey, guanábana, guayaba, tamarindo y limón, entre muchos otros. Isabel pidió un agua de horchata y Daniel una “cocada” que es una deliciosa bebida de la región.

Se detuvo discretamente a observar a Isabel, era menuda, de no más de uno sesenta de estatura, delgada, de rasgos

---

muy finos y de tez clara, un poco aperlada, sus cejas eran abundantes y sus ojos eran grandes y profundamente negros, de mirada serena pero firme y penetrante. Era difícil no sentir la fuerza de aquella mirada, que mostraba al mismo tiempo dulzura, inteligencia y carácter.

¿Eres soltera? Le preguntó él con cierta timidez. Ella sonrió y le contestó con la misma pregunta: ¿Y tú? Yo no me he casado nunca, —contestó él—. Realmente no he tenido tiempo para eso. Desde que llegué a los Estados Unidos no hice otra cosa que trabajar y estudiar. Pues yo también estoy soltera —dijo ella— y a mi edad muchas chicas ya se consideran “quedadas” en este pueblo. Pero jamás me interesó casarme sólo por no quedarme soltera como lo hacen muchas muchachas. A mí me gustó siempre la escuela y ahora mis hijos son mis alumnos. Pienso que no se debe compartir la vida con alguien de quien una no esté enamorada. Si llega, qué bueno, y si no llega, también, nadie se muere por eso.



Me gusta cómo piensas, le dijo Daniel. ¿Vamos a buscar a Ramón? Preguntó él. Sí, dijo ella, y salieron juntos hacia el vehículo que había dejado estacionado a un lado del Jardín Principal.

Cuando entraron al negocio de Ramón y preguntaron por él, uno de los trabajadores les dijo: anda atrás recibiendo unos pedidos de mercancía. Don Ramón, aquí lo buscan, gritó el empleado. Del fondo de la bodega se escuchó una voz fuerte, áspera, que decía: ¿quién me busca? Su hermana y otra persona, le contestó el empleado. Salió y de inmediato saludó a Isabel dándole un beso en la mejilla mientras veía con cierta intriga al acompañante.

—Buenas tardes, mucho gusto —le dijo.

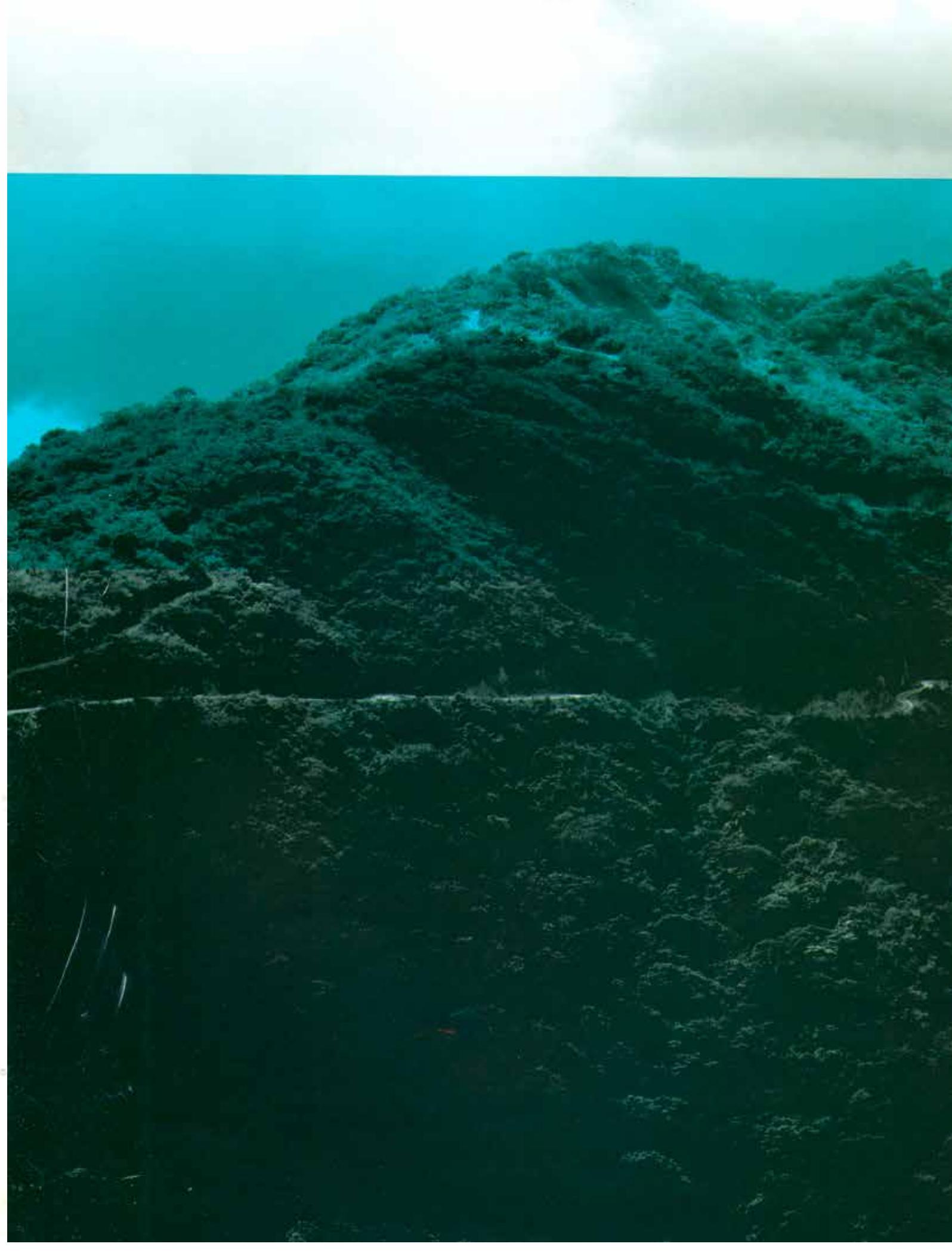
—¿Para qué soy bueno?

—¿No sabes quién es? —Le preguntó Isabel a su hermano.

Ramón se quedó observando y luego dijo:

—¿A poco eres Daniel?

---



—Sí —contestó él. Su mirada y su gesto cambiaron en fracción de segundos: sorpresa, emoción y euforia:

—Mira nada más, grandísimo desgraciado, que te fuiste así sin avisar y ni siquiera te despediste de los amigos. ¿Qué ha sido de tu vida?, no volvimos a saber de ustedes, de tu mamá de tu papá, sólo sabíamos que se habían ido pa'l otro lado, pero nadie nos supo dar razón de nada.

Daniel le dijo que era una historia muy larga pero que ya habría tiempo de platicar con detalle de lo que había pasado en todos estos años. “Por lo pronto quiero decirte que me da mucho gusto volver a verte y, sobre todo, darme cuenta que no te ha ido nada mal. Veo que has prosperado y eso me da mucho gusto”. A ello, Ramón contestó, con cierta ironía:

—Aquí, como en todos lados, hay buenas y malas maneras de conseguir las cosas. Yo decidí que lo mío era trabajar honestamente. Elegí hacerme comerciante y aquí llevo ya más

---

de 15 años terqueándole al negocio del abarrote. A veces es difícil y no saca uno más que el gasto para la familia y para los trabajadores, pero a la larga, el que puedas vivir honradamente de tu trabajo te trae una satisfacción muy grande. Gracias a este negocio, he podido formar un modesto patrimonio y tener una familia que es lo máspreciado y maravilloso que hay en la vida. He hecho muchos amigos y he ayudado a mi gente en cuanto me ha sido posible para que juntos vayamos saliendo de la pobreza.

—Espérame tantito, déjame despachar unos pedidos y nos vamos a la casa porque esto hay que celebrarlo. Estoy muy contento de que estés aquí y hay mucho que platicar de lo que ha pasado en el pueblo en este tiempo y me gustaría mucho saber cómo te ha ido a ti y a tu familia en los Estados Unidos.

Ramón no permitió que Daniel se alojara en el hotel del pueblo. Habló con su esposa y le pidió que habilitara el



cuarto que había construido en el patio trasero de su casa y que lo utilizaba como oficina para que ahí se quedara su amigo el tiempo que fuera necesario.

Cada tarde, a esa hora en que ya rindió el día, como dicen por allá, se sentaban los amigos en la terraza de la casa a tomar el fresco y a intercambiar historias para ponerse al tanto de sus vidas.

Cuando lo creyó oportuno, Daniel le contó a Ramón el motivo de su viaje. Le dijo que, antes de morir, su padre le había dejado unos documentos en una caja y que contenían información muy valiosa sobre unos yacimientos mineros en la región. Esos documentos pertenecieron a su abuelo, quien había trabajado para una compañía minera extranjera que había salido huyendo de la región por la violencia de la guerra cristera. Al abandonar el lugar, le dejaron aquellos papeles a su abuelo como pago por sus servicios; luego, éstos





pasaron a manos de su padre quien, al morir, dejó aquella caja encargada con un amigo para que llegaran a sus manos.

El plan ideado por don Rafael era juntar el capital para hacer los denuncios y solicitar los títulos mineros al gobierno. Esa era la razón que lo llevó a salir de El Carrizal rumbo a los Estados Unidos. Sin embargo, la muerte lo sorprendió antes de que realizara su anhelado proyecto. Ahora Daniel sentía que tenía una deuda con su padre y que la mejor manera de honrar su memoria era concluir aquello que con tanto sacrificio había intentado alcanzar.

La idea que tenía en mente era tratar, si fuera posible, con la familia de don Conrado para ver si podía comprar el rancho o al menos la parte donde los planos geológicos decían que se encontraban claramente señaladas las vetas auríferas.

Ramón estaba consciente de que lo que Daniel le había confiado era algo que sólo se le puede decir a un verdadero



